PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR
FACULTAD DE PSICOLOGÍA

DISERTACION PREVIA A LA OBTENCION DEL TÍTULO DE PSICÓLOGO CLÍNICO

"INFLUENCIA DE LOS CUENTOS DE HADAS Y NOVELAS DE FANTASÍA EN LA CONSTRUCCIÓN PSÍQUICA DEL SUJETO"

ELÍAS FABRICIO HERRERA GUAMÁN

DIRECTORA: DANIELA SALOMÉ CASTRO FALCONÍ

QUITO, 2023

Dedicatoria

A mis padres, quienes hicieron todo esto posible, no sólo al apoyarme y facilitarme los medios para culminar mi formación profesional, sino también al introducirme en los bastos universos contenidos en los libros: desde los primeros cuentos de hadas narrados por mi padre, hasta las novelas “infantiles” que me presentó mi madre.

A mi hermana, quien, de forma inocente y aún exaltada por las posibilidades que le ofrecen los relatos, me otorga una clara constatación de las virtudes señaladas en el presente trabajo.

Tabla de contenido

Dedicatoria ..... **I**

Resumen ..... **IV**

Introducción ..... **V**

Capítulo 1: La Construcción Psíquica del Sujeto **1**

1.1 Pulsión y sus destinos **1**

1.2 La segunda tópica freudiana: Ello, Yo, Superyó **4**

1.2.1 Ello 4

1.2.2 Yo 4

1.2.3 Superyó o ideal del Yo 6

1.3 Procesos de identificación y el Complejo de Edipo **7**

1.3.1 La identificación 7

1.3.2 El Complejo de Edipo 8

1.4 Yo ideal e ideal del Yo **11**

Capítulo 2: El Niño y el Adolescente **13**

2.1 El niño y la niña **13**

2.1.1 La organización psíquica del niño y la niña 14

2.1.2 La necesidad de fantasías y magia 18

2.2 El adolescente **20**

2.2.1 La organización psíquica del adolescente 21

2.2.2 Fantasear como medio de elaboración 28

Capítulo 3: Psicoanálisis de los Cuentos de Hadas y Novelas de Fantasía **30**

3.1 Los cuentos de hadas **30**

3.1.1 Sobre el Ello, Yo y Superyó 31

3.1.2 Sobre el Complejo de Edipo 38

3.2 Las novelas de fantasía **46**

3.2.1 Un acercamiento a la organización psíquica del adolescente 47

Capítulo 4: Los Cuentos de Hadas y Novelas de Fantasía en la Construcción Psíquica del Sujeto **53**

4.1 Visión general **53**

4.2 En niños y niñas **54**

4.3 En adolescentes 58
Conclusiones 63
Recomendaciones 65
Referencias 66

Resumen

Con el presente trabajo se procura esclarecer las distintas formas en que operan los cuentos de hadas y las novelas de fantasía, para influenciar en los distintos procesos que dan lugar a la construcción psíquica del sujeto; favoreciendo a su vez, el desarrollo "normal" (no patológico) de los niños y los adolescentes. En virtud de lo cual, se realiza un recorrido tanto por las conceptualizaciones freudianas, y post-freudianas, referentes a la construcción psíquica del sujeto (pulsiones, segunda tópica del aparato psíquico, y Complejo de Edipo), como por las teorías concernientes a las particularidades de la organización psíquica del niño y del adolescente. Siendo este, un trayecto necesario para vincular los diversos elementos presentes en los cuentos de hadas y las novelas literarias, con el proceso de construcción psíquica, y el desarrollo normal de los niños y los adolescentes. Así, tras realizar un análisis psicoanalítico de las historias más cercanas al conocimiento popular de los ecuatorianos, se concluye que estas narraciones tienen la capacidad de atenuar el dominio del Ello, fortalecer el Yo, edificar un Superyó efectivo (no opresivo), ofrecer nuevas "verdades" respecto a uno mismo y los demás, entre otros elementos de igual relevancia para la construcción psíquica del sujeto. De modo que, se instauran a los cuentos de hadas y las novelas de fantasía como valiosos recursos de la vida cotidiana.

Introducción

El presente trabajo surge a partir de una necesidad, suscitada a raíz de la crisis sanitaria del COVID-19, de hallar "nuevos" medios, de fácil acceso, que contribuyan al desarrollo "normal" (no patológico) de la construcción psíquica de los niños y los adolescentes, quienes se vieron sumamente restringidos durante el confinamiento. Ante tal situación, brotaron las siguientes preguntas: ¿Qué ocurre con los cuentos de hadas que nos han acompañado desde la niñez? ¿Podrían llegar a influenciar en la construcción psíquica del sujeto?

Tal como se registró en la "Encuesta de Hábitos Lectores, Prácticas y Consumos Culturales" (Ministerio de Cultura y Patrimonio, 2022), el 86.9% de los padres de familia ecuatorianos incentivan la lectura a sus hijos (entre los 5 y 11 años), en lo principal, a través de los cuentos (60%); mientras que, el 37.6% de padres propician la lectura en los adolescentes (entre los 12 y 17 años), y un 34.7% de jóvenes lee por iniciativa propia; donde el 34.3% de ello, se interesa en los cuentos. De modo que, la lectura podría posicionarse -especialmente en los niños- como uno de estos anhelados recursos de fácil acceso, para favorecer el desarrollo normal de los niños y los adolescentes, al ya formar parte de su cotidianidad; premisa que se consolida al considerar las historia provistas por la literatura, como "ensayos de la vida", a disposición del receptor del relato para experimentar -de forma fantaseada- varias vidas, distintas a las suyas, pero similares en su núcleo (Marías, 1955). De igual forma, queda registrada la indiscutible presencia de los cuentos en la vida de los ecuatorianos. Sin embargo, al presentar un porcentaje tan bajo en los jóvenes, surgió la necesidad de introducir en la discusión otro tipo de relato, más atrayente para esta población, pero con características similares a los cuentos, a fin de no sobrepasar el alcance de una disertación de grado. Debido a esto, las novelas de fantasía se sumaron al objeto de estudio.

Es así como, a partir de las consideraciones anteriores, el objetivo del presente trabajo se consolidó en determinar cómo influyen los cuentos de hadas y las novelas de fantasía, en la construcción psíquica del sujeto. En virtud de lo cual, se emplearon las conceptualizaciones freudianas para precisar los distintos procesos, y los elementos anexados a estos, que intervienen en la construcción del sujeto. Así mismo, se dispuso de sus teorías, y de aquellas enunciadas por autores posteriores -como Dolto, Koremblit, Rangel, entre otros-, para identificar las particularidades de la organización psíquica del niño y del adolescente, las cuales están habilitadas para compaginarse con el contenido de dichos relatos. Y como conductor del análisis psicoanalítico, referente a los elementos significativos

para la construcción psíquica del sujeto, incluidos en dichas historias, y su injerencia en el desarrollo normal de los niños y los adolescentes, se utilizaron las elaboraciones de Bruno Bettelheim y Julián Marías. Y, de forma adicional, para ilustrar las "respuestas" -con relación al objetivo de investigación- a las que llega el presente trabajo, se realizó una recopilación de varios casos y testimonios, los cuales ya han sido registrados -previamente- en otras fuentes.

Acorde a lo anterior, el presente trabajo se divide en cuatro capítulos. En el primero, se realiza una parca revisión de los procesos, y los elementos anexados a estos, que intervienen en la construcción del sujeto (las pulsiones, la segunda tópica del aparato psíquico, los procesos de identificación, el Complejo de Edipo y su resolución) según la teoría freudiana; estableciendo así, la base de los posteriores análisis. En el segundo capítulo, se describen las vicisitudes asociadas a la organización psíquica del niño y del adolescente, y sus respectivas particularidades; mismas que, les permiten relacionarse de forma armónica con los contenidos de los cuentos de hadas y las novelas literarias, y encontrar en ellos, un sostén para transitar por estas etapas. En el tercero, se desarrolla un análisis psicoanalítico de dichas historias, destacando aquellos elementos vinculados a la construcción psíquica del sujeto, tales como: las pulsiones, la segunda tópica freudiana, el Complejo de Edipo, la "búsqueda" de la identidad, entre otros. Y para finalizar, en el cuarto capítulo se condensa el recorrido efectuado hasta el momento, a fin de puntualizar los diversos modos, en los cuales, pueden operar los cuentos de hadas y las novelas de fantasía, para influir tanto en la construcción psíquica del sujeto, como en el desarrollo normal de los niños y los adolescentes; influjo que se ilustra en varios casos registrados por Bettelheim, y en el testimonio del escritor Brandon Sanderson.

Capítulo 1: La Construcción Psíquica del Sujeto

En el primer capítulo se esbozan los distintos elementos que intervienen en la construcción psíquica del sujeto, conforme a las elaboraciones teóricas de Sigmund Freud; mismas que, mantiene su vigencia en las conceptualizaciones desarrolladas por autores posteriores. De forma que, se abordan los postulados referentes a la pulsión, el aparato psíquico, los procesos de identificación, y el Complejo de Edipo.

1.1 Pulsión y sus destinos

A fin de tener una comprensión adecuada de los procesos y dinámicas que se ponen en marcha durante la construcción psíquica del sujeto, conviene partir de un "concepto básico" imprescindible en la teoría freudiana, a saber, la pulsión (Freud, 1915/1984b, p. 113). Término que inicialmente fue descrito como:

> …un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante {*Repräsentant*} psíquico, de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal. (Freud, 1915/1984b, p. 117)

De modo que, la pulsión constituye un estímulo proveniente del interior del propio cuerpo, el cual actúa de forma constante y sólo es cancelado cuando alcanza su meta. Por esto, Freud (1915/1984b) consideró oportuno nombrar como "necesidad" al estímulo pulsional y "satisfacción" de dicha necesidad, a su cancelación (p. 114); actividad que requiere de un esfuerzo mayor en comparación a las necesidades fisiológicas, pues estas no son de carácter constante y, por tanto, se les puede atribuir una única y adecuada respuesta para su satisfacción -incluyendo la huida, acción imposibilitada en las pulsiones debido a su procedencia-.

A esta definición de pulsión se le anexan cuatro términos que contribuyen a su entendimiento, a saber: esfuerzo, meta, objeto y fuente de la pulsión (Freud, 1915/1984b). El "esfuerzo" es considerado una característica universal de todas las pulsiones y su esencia misma, pues se refiere al motor, suma de fuerzas o medida de exigencia de trabajo representado en la pulsión. De modo que, toda pulsión constituye una actividad de índole activa -no existen pulsiones pasivas, sólo aquellas con metas pasivas-. La "meta" de la pulsión es alcanzar la satisfacción, a través de la cancelación de la estimulación generada por la fuente de la pulsión, para lo cual, se puede servir de múltiples vías. Es así como, incluso se puede dar el caso de una satisfacción parcial, si la meta ha sido inhibida de alguna

forma (pulsión de meta inhibida). El "objeto" es aquello en o por lo cual la pulsión puede alcanzar su meta (Freud, 1915/1984b, p. 118), siendo esta altamente variable debido a que no está asociada originalmente a la pulsión, sino que toma injerencia únicamente en tanto posee la aptitud para facilitar su satisfacción. La "fuente" hace referencia a un determinado proceso somático (referente a un órgano interno o a una parte del cuerpo), "cuyo estímulo es representado {*repräsentiert*} en la vida anímica por la pulsión" (Freud, 1915/1984b, p. 118).

Estas primeras distinciones con respecto a la pulsión serían la base a partir de la cual, Freud continuaría elaborando y refinando el concepto, a fin de que este respondiera de forma apropiada a las nuevas observaciones clínicas y a los análisis de años posteriores al establecimiento de esta primera conceptualización. Así, en "Esquema del psicoanálisis" -texto en el que Freud (1940/1986f) trató de reunir y exponer los principios básicos del psicoanálisis, tal como los concebía hasta antes de su muerte- se añade que las pulsiones son aquellas fuerzas que están presentes en "las tensiones de necesidad del ello" (p. 146). Modificación que acarrea nuevas implicaciones, siendo una de ellas, la inclusión de los conceptos de placer (disminución de la tensión provocada por los estímulos) y displacer (aumento de la tensión).

De igual forma, la clasificación de las pulsiones fue cambiando conforme Freud seguía elaborando la teoría psicoanalítica. En un inicio, se estableció que la gran variedad de pulsiones podía ser catalogada en dos pulsiones básicas: pulsiones yoicas y sexuales (Freud, 1915/1984b). Sin embargo, en "Más allá del principio de placer" Freud (1920/1984e) reconoce que esta clasificación era inadecuada, y empieza a esbozar una nueva clasificación, a saber: Eros y Thanatos. Distinción que se consolida en "Esquema del psicoanálisis", donde se propone que el Eros incluye varias duplas que antes se consideraban antagónicas, siendo estas: conservación de sí mismo-conservación de la especie, y amor yoico-amor de objeto (Freud, 1940/1986f). En este punto, se plantea que la energía íntegra de la que dispone el Eros debe ser nombrada "libido", y que la meta del Eros o pulsión de amor es la de crear enlaces con el fin de "producir unidades cada vez más grandes y, así, conservarlas" (Freud, 1940/1986f, p. 146). Mientras que, las pulsiones de destrucción -o pulsiones de muerte- tienen como objetivo la ruptura de los enlaces, y así, provocar la destrucción de las unidades (Freud, 1940/1986f). Además, añade que, esta última suele pasar inadvertida hasta que se dirige al exterior como pulsión de destrucción; operación vital para la protección del individuo ya que, si esto no ocurriese, las pulsiones agresivas se fijarían en el interior del yo, generando efectos autodestructivos, tales como: las autolesiones.

Dichas pulsiones básicas (Eros y pulsión de destrucción) producen efectos en su contraparte -intentando neutralizarse entre sí- o se combinan entre ellas, estableciendo un proceso dinámico que "produce toda la variedad de las manifestaciones de la vida" (Freud, 1940/1986f, p. 147).

En conjunto, debido a las propiedades que presenta la pulsión, se pueden reconocer cuatro destinos a los que puede dirigirse en el transcurso de su desarrollo, a saber: la sublimación, el trastorno hacia lo contrario, la vuelta hacia la persona propia, y la represión (Freud, 1915/1984b).

La sublimación implica tanto un desvío en la meta sexual de la pulsión, como un cambio de vía del objeto que habilita la satisfacción (Freud, 1923/1984g). De modo que, se resignan las metas sexuales por otras desexualizadas y con mayor valoración, tanto social como ética (Freud, 1923/1984g) (Freud, 1923/1984h). Siendo esta una herramienta a disposición del individuo para sobreponerse a la denegación de las pulsiones, impuesta por la cultura (Freud, 1930/ 1986c). En cuanto al trastorno hacia lo contrario, este puede operar de dos formas: tornar una pulsión con fin activo a una con fin pasivo (sadismo-masoquismo, ver-exhibición), y como un trastorno del contenido de la pulsión (amor-odio) (Freud, 1915/1984b). Por su parte, en la vuelta hacia la persona propia, no se altera la meta de la pulsión, pero cambia la vía del objeto que la habilita (sadismo-masoquismo, pulsión de destrucción fijada en el interior del yo).

Por último, la represión consiste en sofocar las pulsiones y, así, mantenerlas alejadas de la consciencia (Freud, 1915/1984c). Esto ocurre cuando la pulsión se ve confrontada por algún tipo de resistencia que busca volverla inoperante, debido a que el cumplimiento de su meta podría generar tanto placer como displacer. De modo que, "la condición para la represión es que el motivo de displacer cobre un poder mayor que el placer de la satisfacción" (Freud, 1915/1984c, p. 142). Sin embargo, cabe señalar que ninguna pulsión puede ser reprimida en su totalidad, ya que estas pueden generar "retoños" que -al distanciarse lo suficiente del material reprimido- logran enlazarse con la consciencia (retorno de lo reprimido) (Freud, 1915/1984c, p. 144). Por esta condición, la represión no opera una sola vez ni genera resultados definitivos, por el contrario, emplea energía de forma constante para mantener sus resultados (Freud, 1915/1984c). Es decir que, la cancelación de la represión implica un ahorro energético significativo.

1.2 La segunda tópica freudiana: Ello, Yo, Superyó

La segunda conceptualización sobre el aparato psíquico integra dentro de sí a la primera tópica (Inconsciente, Preconsciente y Consciente), razón por la cual, es necesario partir de una sobria descripción de esta.

Con respecto al Inconsciente (Icc), se disciernen dos acepciones. De forma descriptiva, se refiere al contenido que se mantiene latente y es susceptible de consciencia; y como tópico, corresponde a lo reprimido que, por sí sólo, no es susceptible de consciencia (Freud, 1923/1984h). De modo que, lo Icc no comprende únicamente a lo reprimido, aunque este último siempre es inconsciente. Por su parte, en el Preconsciente (Prcc) se ubican aquellos contenidos que "no están presentes en el campo actual de la conciencia" (Laplanche y Pontalis, 1996, p. 283), pero que pueden ingresar a esta sin que opere la represión. Es decir que, se encuentra más cercana a la consciencia que al Icc (Freud, 1923/1984h). Y lo Consciente (Cc) corresponde a la función del sistema percepción-consciencia (P-Cc), a través del cual, acoge las percepciones externas e internas (Laplanche y Pontalis, 1996). Es de carácter momentáneo, por lo que, no alberga huellas mnémicas -como sí lo hace el Icc y Prcc-, y está encargado del mecanismo de la atención.

Esta primera descripción del aparato psíquico fue considera insuficiente, debido a la presencia de material inconsciente en el yo -aun cuando a este se le asocia en gran parte a la Cc- y a la doble acepción del inconsciente (Freud, 1923/1984h). Es así como, la primera tópica deja de ser el principal punto de apoyo teórico, y se la incorpora a las conceptualizaciones de la segunda tópica (Ello, Yo, Superyó).

1.2.1 Ello

Es considerado la instancia psíquica más antigua, pues está compuesta principalmente por las primeras expresiones psíquicas de las pulsiones provenientes de la organización corporal, y su contenido atañe a "todo lo heredado, lo que se trae con el nacimiento, lo establecido constitucionalmente" (Freud, 1940/1986f, p. 143). De modo que, es íntegramente inconsciente. Además, está regido enteramente por la búsqueda de satisfacción de las necesidades, del placer; mientras trata de evitar el displacer (Freud, 1923/1984h).

1.2.2 Yo

La influencia del mundo exterior-objetivo, con mediación del sistema percepción-consciencia (P-Cc), ocasiona una modificación en una parte del Ello, a partir de la cual, se

establece una organización que se encargará de mediar entre el Ello y el mundo exterior; misma que es bautizada como Yo (Freud, 1940/1986f). De modo que, el Yo no está completamente separado del Ello (Freud, 1923/1984h).

Así, a causa de su relación con el sistema P-Cc, el Yo se encarga del "ordenamiento temporal de los procesos anímicos y los somete al examen de realidad" (Freud, 1923/1984h, p. 55-56), es decir, a la influencia del mundo externo-objetivo. Prueba que también impone sobre el Ello, limitando su tendencia a la búsqueda del placer (Freud, 1923/1984h). De ahí que se le asigne al Yo el gobierno de los accesos a la motilidad (efectuar o aplazar las descargas motrices), y la ejecución del mecanismo de la represión; al menos de manera formal, ya que también responde a los mandatos del Ello y del Superyó. Por estas características, se considera al Yo como el representante de la razón y la prudencia, a diferencia del Ello que es valorado como pasional (Freud, 1923/1984h).

Sin embargo, cabe señalar que -acorde a la lógica de la represión- el Yo no puede limitar completamente al Ello, cuyo material puede ingresar al Yo de forma directa o por injerencia del ideal del yo (Superyó) (Freud, 1923/1984h). Así, a través del Ello, lo reprimido puede establecer vínculos con el Yo. Postulados que, en su conjunto, implican la presencia de material inconsciente en el interior del Yo.

En "Esquema del psicoanálisis", Freud (1940/1986f) consolidó los caracteres principales del Yo, de la siguiente forma:

> Tiene la tarea de la autoconservación, y la cumple tomando hacia afuera noticia de los estímulos, almacenando experiencias sobre ellos (en la memoria), evitando estímulos hiperintensos (mediante la huida), enfrentando estímulos moderados (mediante la adaptación) y, por fin, aprendiendo a alterar el mundo exterior de una manera acorde a fines para su ventaja (actividad); y hacia adentro, hacia el ello, ganando imperio sobre las exigencias pulsionales, decidiendo si debe consentírseles la satisfacción, desplazando esta última a los tiempos y circunstancias favorables en el mundo exterior, o sofocando totalmente sus excitaciones. (p. 144)

Labor para la cual, el Yo dispone de diversos mecanismos -inconscientes- que le permiten defenderse tanto de las exigencias pulsionales como de aquellas vivencias que, debido a su carácter penoso, generan representaciones y afectos inconciliables para la consciencia (Freud, 1894/1986a) (Freud, 1926/1986b). Al respecto, Ana Freud (1954) estableció como mecanismos de defensa a: la represión, regresión, formación reactiva,

anulación, proyección, identificación, introyección, sublimación, intelectualización, racionalización, negación, el desplazamiento, y aislamiento de los afectos (Rangel, 2009).

A pesar de lo anterior, se debe evitar el equívoco de enaltecer excesivamente al Yo, como agente regulador del Ello y de los mecanismos de defensa. Pues debe apreciarse que el Yo está sometido tanto a las exigencias del mundo exterior-objetivo, como a las del Ello y del Superyó; mandatos a los que suele someterse, operando como conciliador (Freud, 1923/1984h). Además, como grado diferenciado del Yo, se le suele atribuir al Superyó la ejecución de los mecanismos de la sublimación y formación reactiva (Freud, 1923/1984h).

1.2.3 Superyó o ideal del Yo

Freud (1923/1984h) plantea que, dentro del Yo, existe un grado -o estadio- diferenciado, el cual nombra ideal de yo o Superyó. Instancia psíquica que surge como consecuencia de la influencia ejercida en el Yo, por parte de las identificaciones que el individuo establece a lo largo de su vida, en especial, de aquellas derivadas del Complejo de Edipo (Freud, 1923/1984h). De ahí que, la génesis del Superyó suele remitirse principalmente a la identificación con el arquetipo paterno, es decir, con todos aquellos representantes -continuadores o sustitutivos- de los mandatos y prohibiciones del padre (progenitores, pedagogos, autoridades, arquetipos públicos, ideales venerados de la sociedad, …) (Freud, 1923/1984h) (Freud, 1940/1986f).

En consecuencia, se plantea que el Superyó interioriza estas identificaciones, conservando intacto el carácter del "padre" (o arquetipo paterno), a saber: "la facultad de contraponerse al yo y dominarlo" (Freud, 1923/1984h, p. 49). De modo que, la rigurosidad con la que el Superyó regirá al Yo, será equivalente a la intensidad con la que se experimentó el Complejo de Edipo y su represión (Freud, 1923/1984h). Por esto, se considera que el Superyó mantiene una "duradera afinidad con el ello, y puede subrogarlo frente al yo", de ahí que, se encuentra más distanciado de la consciencia que el Yo (Freud, 1923/1984h, p. 49-50)

Debido a este vínculo con el Complejo de Edipo, el Superyó se encarga principalmente de limitar las satisfacciones (Freud, 1940/1986f), a través de la advertencia: "Así (como el padre) debes ser"; y la prohibición: "Así (como el padre) no te es lícito ser" (Freud, 1923/1984h, p. 36). Para lo cual, emplea principalmente los procesos de sublimación y de la formación reactiva (Freud, 1923/1984h).

Por tanto, el Superyó deviene en consciencia moral, cuya tensión con las operaciones del Yo es percibida como sentimiento de culpa (Freud, 1923/1984h). Misma que puede ser consciente o inconsciente, en virtud del proceso represivo (Freud, 1923/1984h). Así, en el sentimiento de culpa inconsciente, la crítica que el Superyó dirige al Yo es reprimida. Sin embargo, Freud añade que "gran parte del sentimiento de culpa tiene que ser normalmente inconsciente" (Freud, 1923/1984h, p. 52-53), pues la génesis de la consciencia moral se remite principalmente al Complejo de Edipo.

Esto motivó a Freud (1923/1984h) a preguntarse si la gravedad de las neurosis respondía a las injerencias de la consciencia moral y al sentimiento de culpa. En concordancia con lo anterior, concluyó que tanto un Superyó hiperintenso, como un incremento del sentimiento de culpa, pueden dar origen a distintas patologías (1923/1984h). Un ejemplo de esto, lo registró en "Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico" (1916/1984d), donde analizó la conducta delictiva de niños (especialmente durante la prepubertad) y adolescentes, en quienes el sentimiento de culpa precedía a la infracción.

Fenómeno que, tras ser analizado, reveló la presencia de un acuciante sentimiento de culpa -de origen desconocido para la persona que lo experimenta- relacionado a los propósitos delictivos del Complejo de Edipo (matar al padre y el incesto) (Freud, 1916/1984d). De modo que, al desconocer su procedencia, el individuo comete actos prohibidos (delitos) a fin de poder vincular el sentimiento de culpa inconsciente con algo real-actual y, así, encontrar alivio.

1.3 Procesos de identificación y el Complejo de Edipo

1.3.1 La identificación

Es considerada "la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona" (Freud, 1921/1984f, p. 99). La cual, busca configurar al yo propio a semejanza de un otro, que ha sido tomado como modelo (Freud, 1921/1984f). De ahí que, está ligada a "lo que uno querría ser" (Freud, 1921/1984f, p. 100). En virtud de lo cual, desempeña un rol fundamental en el Complejo de Edipo.

Otra forma en la que puede operar la identificación es sustituyendo una ligazón libidinosa de objeto por vía regresiva, al introyectar dicho objeto en el Yo (Freud, 1921/1984f, p. 101). Como es el caso de: la melancolía, la formación del Superyó, y la apropiación del síntoma de la persona amada u odiada.

Sin embargo, cabe destacar que la identificación, junto a su capacidad de introyectar el objeto en el Yo, también puede surgir a raíz de cualquier similitud percibida en otra persona, aun cuando esta no es objeto de las pulsiones sexuales (Freud, 1921/1984f). En consecuencia, se estima que la identificación precede y da origen a la empatía.

1.3.2 El Complejo de Edipo

Freud (1924/1984i) considera al Complejo de Edipo como un fenómeno inconsciente determinado por la herencia (filogénesis), el cual es vivenciado de forma particular por cada persona (ontogénesis). Mismo que, tras caer sepultado, interrumpe el desarrollo libidinal del infante, instaurando el periodo de latencia y, con este, la acometida en dos tiempos de la vida sexual.

Su desarrollo y sepultamiento responden a complejas operaciones que ameritan descripción, en especial, teniendo en cuenta su despliegue diferencial entre niños y niñas. Singularidad que sólo se presenta en una fase posterior, pues ambos parten de la madre como primer objeto de amor -a causa de los cuidados propiciados por ella (alimentación, cuidado del cuerpo)- que, a su vez, les despierta hostilidad (Freud, 1931/1986d). Ambivalencia surgida a partir del incumplimiento de las -desmedidas- expectativas de amor del infante, siendo algunas de estas: la creencia de no haber sido amamantado lo suficiente, y la experiencia de verse obligado a compartir el amor materno con otras personas (hermanos/as, padre).

A partir de este punto, empiezan a surgir las distinciones en el desarrollo del Complejo de Edipo entre el niño y la niña.

1.3.2.1 En el niño. Además de la presencia de la madre como primer objeto de amor, se presenta una identificación de índole tierna con el padre (Freud, 1925/1984j), a quien toma como su ideal; “querría crecer y ser como él, hacer sus veces en todos los terrenos” (Freud, 1921/1984f, p. 99). Vínculos -con la madre y el padre- que, previo al desarrollo del Complejo de Edipo, coexisten sin perturbarse entre sí (Freud, 1921/1984f).

Sólo en un periodo posterior, con el refuerzo de los deseos sexuales hacia la madre, el padre es percibido como un obstáculo para la satisfacción de estos deseos; instaurándose así, el Complejo de Edipo (Freud 1923/1984h). En consecuencia, la identificación con el padre se torna hostil, suscitando el deseo de eliminarlo y, así, sustituirlo junto a la madre. De modo que, la relación con el padre se vuelve ambivalente; “parece como si hubiera devenido

manifiesta la ambivalencia contenida en la identificación desde el comienzo mismo" (Freud 1923/1984h, p. 33-34).

Esta postura edípica, correspondiente a la fase fálica, se va al fundamento por la amenaza –"Más o menos clara, más o menos brutal" (Freud, 1924/1984i, p. 182)- de castración, y la angustia que esta produce (Freud, 1925/1984j). Ya que, frente a tal amenaza -encarnada en la falta de pene en las niñas-, surge en el niño un conflicto entre el interés narcisista por conservar los genitales (el pene), y la posibilidad de satisfacer los deseos anexados al Complejo de Edipo; pugna que normalmente finaliza con el sepultamiento del Complejo de Edipo, a fin de conservar la genitalidad (Freud, 1924/1984i).

Con el sepultamiento del Complejo de Edipo, la investidura de objeto de la madre es resignada, y habilita dos posibles sustituciones, a saber: con una identificación con el padre, o una identificación con la madre (Freud, 1923/1984h). En el primero, considerado como Edipo positivo, el niño refuerza su identificación con el padre, posicionándose de manera masculina (activa); mientras que, en el segundo -denominado Edipo negativo o inverso-, el infante se sitúa de forma femenina (pasiva), instaurando como objeto de amor a la persona del mismo sexo (Freud, 1923/1984h) (Freud, 1924/1984i).

El desenlace en una identificación con el padre o con la madre, está determinado por la desigualdad en la intensidad relativa con la que se presentan las disposiciones masculinas y femeninas, en el niño (Freud, 1923/1984h). Pues Freud considera que, la mayoría de las veces, se exteriorizan -en diferente grado- ambas disposiciones sexuales durante el desarrollo del Complejo de Edipo; hecho al que nombró como "Complejo de Edipo completo".

En cualquiera de los dos casos, el sepultamiento del Complejo de Edipo implica más que su mera represión, pues -idealmente- conlleva una destrucción y cancelación del complejo, que dará paso a la formación del Superyó, la inserción de la persona en la comunidad-cultura al prohibir el incesto, y determinará su posicionamiento frente a la elección de objeto de amor (heterosexualidad u homosexualidad) (Freud, 1924/1984i) (Freud, 1931/1986d). Caso contrario, si solo se produjo una represión, el Complejo de Edipo perdurará en el inconsciente y, en una etapa posterior, mostrará efectos patógenos (Freud, 1924/1984i).

1.3.2.2 En la niña. Los primeros abordajes referentes al Complejo de Edipo fueron desarrollados por Freud en los textos "El yo y el ello" (1923/1984h) y "El sepultamiento del

complejo de Edipo" (1924/1984i), donde se formuló un desarrollo análogo al del niño, con algunas variaciones. Sin embargo, esta primera aproximación fue considerada "insatisfactoria, lagunosa y vaga" (Freud, 1924/1984i, p. 186), autovaloración que motivó a Freud a explorar y destacar las particularidades de dicho complejo en las niñas.

Una de las distinciones más significativas consiste en el remplazo del primer objeto de amor, como proceso que posibilita el desarrollo del Complejo de Edipo (Freud, 1925/1984j). Es decir que, dicho complejo sólo se instaura cuando la niña ha resignado a la madre como objeto de amor, sustituyéndola con el padre. Remplazo que se ve facilitado en la etapa fálica, a causa de la percepción -por parte de la niña- del clítoris como un genital masculino "demasiado corto", "inferior" al del niño; perjuicio del cual responsabiliza a la madre, reforzando la actitud hostil hacia ella (Freud, 1925/1984j) (Freud, 1931/1986d). A esto, se suma la incapacidad de alcanzar una satisfacción plena, a través de la madre como objeto de amor, pues tal amor infantil carece propiamente de meta; condiciones que se experimentan como otra muestra del incumplimiento de las expectativas amorosas del infante (Freud, 1931/1986d).

Al mismo tiempo, esta visión particular del clítoris es concebida por la niña como el resultado de una castración efectuada en su persona; no como un carácter sexual femenino (Freud, 1924/1984i). Inferencia a la que se opone y acepta, por igual (Freud, 1931/1986d). Ante esto, se habilitan tres posibles desarrollos: la inhibición, el complejo de masculinidad y la configuración femenina. En la primera, la niña, "aterrorizada por la comparación con el varón, queda descontenta con su clítoris, renuncia a su quehacer fálico y, con él, a la sexualidad en general, así como a buena parte de su virilidad en otros campos" (Freud, 1931/1986d, p. 231). En la segunda, se despliega una porfiada hiperinsistencia en la virilidad, reteniendo la masculinidad amenazada, a través de la expectativa de -en un futuro- llegar a poseer un pene como el del niño; complejo que puede culminar en una elección de objeto homosexual.

Solo en la tercera, es decir en la configuración femenina (Freud, 1931/1986d), la niña renuncia a la posibilidad de tener pene y, a través de la ecuación simbólica pene = hijo, la reemplaza por el deseo de parirle un hijo al padre (Freud, 1924/1984i) (Freud, 1925/1984j). De modo que, este último se torna el objeto de amor y, en consecuencia, la madre es percibida como una rival a la que se tiene celos (Freud, 1925/1984j); dando origen al Complejo de Edipo.

Debido a esto, se afirma que el Complejo de Edipo en la niña es una formación secundaria, posibilitada e introducida por la influencia de la castración (Freud, 1925/1984j). Por ende, esta última no desencadena el sepultamiento del Complejo de Edipo, como sí ocurre en el niño (Freud, 1925/1984j), sino que este sobreviene -de forma gradual- a raíz de su inherente imposibilidad de cumplimiento (Freud, 1924/1984i). Es decir, por la continua denegación, manifiesta o tácita, del deseo anexado a dicho complejo.

Con excepción de lo anterior, el sepultamiento del Complejo de Edipo se desarrolla de forma análoga al del niño (Freud, 1923/1984h). De modo que, partiendo de la renuncia del padre como objeto de amor, se establece al refuerzo de la identificación con la madre como Edipo positivo, y a la identificación con el padre como Edipo negativo o inverso; desenlace mediado por los mismos influjos que el niño.

De igual forma, el sepultamiento del Complejo de Edipo en la niña comparte las mismas implicaciones y consecuencias, que su equivalente en el niño (Freud, 1924/1984i) (Freud, 1931/1986d). De las cuales, solo se diferencia la formación de un Superyó que, al no estar influenciado por la castración, "nunca deviene tan implacable, tan impersonal" como en el hombre (Freud, 1925/1984j, p. 276).

1.4 Yo ideal e ideal del Yo

Ambos términos fueron abordados por Freud en el texto "Introducción del narcisismo" (1914/1984a), mientras que, en "El yo y el ello" (1923/1984h) sólo se menciona al ideal del yo. Sin embargo, a los dos se les atribuye las mismas funciones de censura e idealización (Chemama et al., 1998), que posteriormente se integrarían al concepto de Superyó. Por consiguiente, no existe una clara distinción entre yo ideal e ideal del yo, en las obras de Freud.

No obstante, una distinción clara entre ambos términos contribuye al enriquecimiento del presente trabajo. Razón por la cual, se procede a diferenciarlas con el apoyo de las descripciones contenidas en el "Diccionario del Psicoanálisis" (Chemama et al., 1998).

Por un lado, el yo ideal representa al yo omnipotente, propietario de todas las perfecciones valiosas, del narcisismo infantil; periodo en que el niño era su propio ideal (Freud, 1914/1984a) (Chemama et al., 1998). Por tanto, encarna el deseo de recobrar la perfección narcisista y, con ella, la satisfacción que generaba (Freud, 1914/1984a).

Por su parte, el ideal del yo constituye una instancia psíquica que determina cuáles valores morales y éticos, advertidos por el Superyó, son considerados un ideal al que la persona aspira (Chemama et al., 1998).

Capítulo 2: El Niño y el Adolescente

En el segundo capítulo se procura abordar las particularidades de la vida anímica del niño y el adolescente que suelen ser representadas -de forma voluntaria o involuntaria- en la literatura; pues, al final, esta trata sobre destinos humanos, incluso cuando sus protagonistas no son personas "reales". Además, se puntúan las características que favorecen la receptividad de los elementos presentes en los cuentos de hadas y novelas de fantasía, y la injerencia de estos, como recursos de soporte ante los conflictos y malestares que acompañan a estas etapas.

2.1 El niño y la niña

La infancia constituye un periodo de suma importancia para el desarrollo del sujeto, pues en ella se instituyen los cimientos o pilares de las ulteriores organizaciones psíquicas y, por tanto, mantienen su influencia incluso en la adultez (Freud, 1926/1986b) (Rangel, 2009). Virtudes que han sido ampliamente reconocidas y examinadas por el psicoanálisis, desde sus orígenes.

Tal es el caso de la angustia, cuya primera manifestación se remite al nacimiento (Freud, 1926/1986b). Vivencia que, desde entonces, constituirá uno de los referentes -a modo de símbolo mnémico- para las posteriores expresiones de angustia (Freud, 1926/1986b). Así, determinadas características fisiológicas del nacimiento -principalmente relacionados a los órganos de la respiración y el corazón (aceleración del ritmo cardiaco)- podrían reproducirse ante nuevas situaciones de peligro, donde el sujeto experimente un estado equiparable al desvalimiento padecido durante el nacimiento.

De esta manera, una respuesta que fue adecuada en su momento puede reproducirse ante nuevas situaciones de peligro, ya sean estas realistas (notorios, externos y conscientes) o neuróticas (exigencias pulsionales inconscientes), aun cuando esta resulte inadecuada para afrontarlas; tal como ocurre con los síntomas histéricos (Freud, 1926/1986b). Operación resultante de las acciones emprendidas por el Yo, tras registrar la angustia producida por una amenaza actual o por el riesgo de volver a experimentar un evento de igual índole (Freud, 1926/1986b) (Freud, 1933/1986e). Es decir que, frente a la angustia, el Yo reacciona ejecutando acciones protectoras -acordes o desacordes a las circunstancias- a fin de evitar o inhibir el peligro presente o esperado.

2.1.1 La organización psíquica del niño y la niña

En un inicio, el niño y la niña se sobrestiman a sí mismos, atribuyéndose todo tipo de perfecciones, mientras encubren e ignoran sus defectos (Freud, 1914/1984a). A esta condición, Freud le dio el nombre de "narcisismo primario", y lo conceptualizó como "el complemento libidinoso del egoísmo inherente a la pulsión de autoconservación, de la que justificadamente se atribuye una dosis a todo ser vivo" (Freud, 1914/1984a, p. 71-72). De esta manera, el narcisismo primario figura como un estadio normal en el desarrollo y establece su distinción con respecto al "narcisismo secundario"; el cual se origina por un repliegue de las investiduras de objeto, sobre la propia persona.

Distinción a partir de la cual, se infiere la existencia de una primaria investidura libidinal del yo, que posteriormente es conducida a los objetos (Freud, 1914/1984a). Lógica que también rige al desarrollo sexual, pues en la infancia las pulsiones sexuales están orientadas hacia el propio cuerpo, donde hallan una satisfacción autoerótica; sólo después, de forma íntegra durante la adolescencia, estas se dirigen a otra persona (Freud, 1905/1978).

La sexualidad está presente en el infante desde el inicio de su vida, pues sus orígenes se remiten a la propia fisiología humana y a causas, tanto externas como internas, que ejercen su influencia desde los primeros meses (Dolto, 1986) (Freud, 1905/1978). Como muestra de esto, Freud (1905/1978) planteó que el neonato ya posee gérmenes de mociones sexuales, que los niños se ven inquietados por pasiones, exteriorizan sentimientos de amor y celos, e incluso advirtió un onanismo en el lactante, suscitado por "el sobreaflujo de secreciones, por los lavados y frotaciones del cuidado corporal y por ciertas excitaciones accidentales" (Freud, 1905/1978, p. 170). Así mismo, Dolto (1986) destacó este temprano vínculo con la sexualidad, estableciendo el descubrimiento de la identidad sexual entre los 28 y 30 meses de edad, a consecuencia del reconocimiento de la erección del pene como un evento disociado de la micción (en los hombres) y las acciones masturbatorias sobre los pezones y el clítoris (en la niña).

Estas manifestaciones sexuales suelen apartarse de la consciencia en años posteriores, a modo de una "amnesia infantil" que cubre hasta el sexto u octavo año del infante (Freud, 1905/1978). Sin embargo, dejan tras de sí profundas marcas en la vida anímica de la persona, mismas que se tornan en factores determinantes para el desarrollo ulterior (Freud, 1905/1978).

En lo referente a las pulsiones y manifestaciones sexuales infantiles, se reconocen tres características generales, a saber: surgen apuntalándose en alguna de las funciones corporales encargadas de la autoconservación, son autoeróticas, y tienen como meta generar satisfacción a través de la estimulación de una determinada zona erógena (Freud, 1905/1978).

Aun cuando cualquier sector de piel o de mucosa puede llegar a exhibir las propiedades de una zona erógena, existen tres regiones predestinadas para esta actividad, mismas que están vinculadas al desarrollo psicosexual del niño. Siendo estas: la etapa oral, anal y genital (Freud, 1905/1978). En la etapa oral, regida por la boca (especialmente los labios) como zona erógena, las manifestaciones sexuales se centran en el chupeteo/mamar rítmico, sin tener por objetivo la nutrición. En este periodo, la meta sexual radica en la incorporación del objeto, siendo esta, una operación que en lo posterior se tornará sumamente relevante, en calidad de identificación (Freud, 1905/1978).

En la etapa sádico-anal (región anal como zona erógena), las manifestaciones sexuales consisten en retener y expulsar las heces, las cuales son consideradas como parte de su propio cuerpo (Freud, 1905/1978). Dichas acciones producen tanto sensaciones placenteras como dolorosas, y constituyen una forma de relacionarse con las personas que atienden al infante. Así, la expulsión del excremento figura como un "regalo" representativo de la obediencia del niño hacia su cuidador; y su retención, expresa un desafío dirigido a este. Por tanto, en este periodo ya está presente la distinción entre lo activo y lo pasivo, y se puede señalar una primera aproximación a la diferenciación entre sujeto y objeto.

La etapa genital o fálica, se caracteriza por establecer el inicio de la ulterior vida sexual, mediante la activación del glande y el clítoris como zonas erógenas, y por la injerencia del Complejo de Edipo (Freud, 1905/1978). Por lo tanto, en este periodo se desarrolla una elección de objeto con características similares a las advertidas en la adolescencia. Sin embargo, a diferencia de esta última, en esta fase las pulsiones parciales "aspiran a conseguir placer cada una por su cuenta, enteramente desconectadas entre sí" (Freud, 1905/1978, p. 179), y su subordinación al primado de los genitales es inexistente o apenas parcial.

Al finalizar esta etapa -con el sepultamiento del Complejo de Edipo- se interrumpe el desarrollo sexual, ingresando a un periodo de latencia total o parcial, donde se edifican los elementos anímicos que actúan como diques que angostan e inhiben el rumbo de la

pulsión sexual "(el asco, el sentimiento de vergüenza, los reclamos ideales en lo estético y en lo moral)" (Freud, 1905/1978, p. 161). En consecuencia, la energía de las mociones sexuales se desvía de su meta original y pasan a ser empleadas en otras áreas, mediante procesos de sublimación o de formación reactiva (Freud, 1905/1978). Sin embargo, esto no siempre se cumple, pues suele ocurrir que algunas exteriorizaciones o prácticas sexuales son capaces de eludir estos procesos, y así, mantenerse vigentes durante la latencia.

A parte de la relevancia expuesta sobre las zonas erógenas, cabe destacar que en la vida sexual del infante existen elementos originariamente separados de la actividad sexual erógena, los cuales -desde el inicio- implican a otras personas en calidad de objetos sexuales, como es el caso de la satisfacción asociada a ver o exhibir -generalmente el cuerpo (propio o de un tercero), dando énfasis a los genitales-, y a la crueldad (Freud, 1905/1978). Siendo esta última un componente natural de la vida anímica del niño, pues la inhibición de la pulsión de apoderamiento y la capacidad de condolerse ante el dolor ajeno, "se desarrollan relativamente tarde" (Freud, 1905/1978, p. 175).

A medida que el niño transita por las diversas fases de su desarrollo psicosexual, se va encarando a diversos conflictos y situaciones de peligro inherentes a su etapa vital (Freud, 1926/1986b) (Rangel, 2009). Es así como, se puede advertir un recorrido desde el desvalimiento psíquico ante los grandes montos de excitación (externos o internos), hasta la angustia frente a los mandatos del Superyó.

En un inicio, el peligro principal corresponde al desvalimiento psíquico, resultante de la inmadurez del Yo, ante a las amenazas internas y externas (Freud, 1926/1986b). Periodo en el cual, a modo de protección frente a su desvalimiento psíquico, el niño establece una división tajante entre objeto bueno y malo -encarnado por la madre-, a fin de preservar los aspectos positivos de un objeto-madre que, al representar tanto lo placentero (amor, protección) como displacentero (odio, agresividad, peligros), le despierta sentimientos ambivalentes (Klein, 1959). Esta distinción, referente a dos polos opuestos surgidos a partir de un solo objeto, es relevada posteriormente -conforme se desarrolle el Yo y Superyó del infante-, por la posibilidad de integrarlos en un mismo objeto (Klein, 1959).

Más adelante, los conflictos tienden a desarrollarse en torno al riesgo de perder la satisfacción, vinculada a las atenciones efectuadas por los cuidadores del niño (Freud, 1926/1986b). Como es el caso de la angustia ante la ausencia de la madre (angustia de separación), al estar sólo o en la oscuridad, y frente a una persona desconocida o a la que no

se está habituada; sucesos reductibles a una añoranza de la persona amada, esto es, a la pérdida del objeto-madre (o sus sustitutos). Aunque, el infante también deberá encarar los miedos que le suscitan algunos animales, objetos o fenómenos naturales, en tanto sean percibidos como amenazas, posiblemente a causa de una disposición congénita ante los peligros realistas que estos representan (Freud, 1926/1986b) (Rangel, 2009).

Posteriormente, el infante hará frente a las reprimendas derivadas de sus descargas agresivas y destructivas; siendo estas últimas, por lo general, inducidas debido a un interés por explorar o descubrir los componentes y funcionamiento de las cosas (Rangel, 2009). Y, en especial, tendrá que encarar los conflictos y peligros derivados del Complejo de Edipo, entre los cuales, destacan la agresividad, la culpa -posiblemente instaurada con anterioridad, a causa del "culto católico" (discernimiento del pecado, y las ceremonias para exculparlo) (Dolto, 1986, p. 29)-, y la angustia de castración; como angustia ante la separación o pérdida del objeto preciado, en los niños; y frente a la expectativa o amenaza de perder el amor de parte del objeto, en las niñas (Freud, 1926/1986b). Dado que la angustia de castración nunca se termina de resolver, constantemente está nutriendo la noción sobre la muerte que ha adquirido el infante a raíz de su propio interés por el tema; aun cuando su concepto sólo es entendido por completo en etapas posteriores (Dolto, 1986) (Rangel, 2009).

Por último, con el sepultamiento del Complejo de Edipo y la configuración del Superyó, el niño se ve enfrentado a la angustia suscitada por los mandatos del Superyó, desplegados como consciencia moral y social, y como angustia ante los poderes del destino (Freud, 1926/1986b). Los temores a la ira o el castigo del Superyó, y a la posibilidad de perder su favor (amor), se mantienen durante toda la vida, pues son imprescindibles para la adecuada interacción social dentro de una comunidad-cultura (Freud, 1926/1986b) (Freud, 1933/1986e).

Del recorrido efectuado, se deduce que cada uno de los conflictos y peligros mencionados, puede atribuirse a una determinada etapa vital en el niño y, aún más, aparentan ser propiciados por las características inherentes a cada una de ellas (Freud, 1926/1986b). Por ende, en la mayoría de los casos, estas condiciones amenazantes -junto a las angustias o miedos que suscitan- dejan de ser efectivas conforme el infante progresa en su desarrollo -a excepción de la angustia frente a la castración y a los mandatos del Superyó-; "«pasan», como se dice de muchas perturbaciones infantiles" (Freud, 1926/1986b, p. 139). Sin embargo, esto no debe entenderse como un triunfo estrictamente progresivo sobre estas -

donde una angustia reemplace a otra-, ya que pueden subsistir de forma conjunta e incluso mantenerse vigentes en etapas ulteriores, donde su presencia se estima inadecuada (Freud, 1926/1986b).

Considerando lo anterior, se puede argumentar que los conflictos y peligros ya mencionados, son "normales" y, en cierto modo, necesarios; pues habilitan el deseo, la libido y algunos de ellos, contribuyen en la construcción psíquica del niño (Freud, 1926/1986b) (Rangel, 2009). Valores conferidos tanto a los peligros neuróticos, como a los realistas. En particular, sólo tras haber encarado la amenaza cotidiana de estos últimos -como es el caso de la separación de la madre durante la jornada escolar, el aprendizaje referente al uso de tecnologías o herramientas del hogar, o los juegos que están acompañados de riesgos-, el infante logra desarrollar plena seguridad en sus potencialidades, nutriendo así, su autoconfianza (Rangel, 2009). Caso contrario, si no experimenta estos conflictos y peligros "útiles", implicados -en cierta medida- en la autoconservación, puede verse impulsado -por mero deseo- a exponerse ante riesgos suplementarios. Esto, debido a que cada "ser humano necesita una parcela de riesgo en su vida en relación con sus congéneres y con el cosmos" (Rangel, 2009, p. 62).

2.1.2 La necesidad de fantasías y magia

Entre los tres y cinco años, el niño se inicia en las actividades vinculadas a la pulsión de saber o investigar, las cuales pronto recaen en torno a las interrogantes derivadas del ámbito sexual y existencial (Freud, 1905/1978) (Bettelheim, 1994). Labor investigativa que el infante realiza en soledad, a partir de un interés práctico sobre sus propias circunstancias, y los factores que las amenazan; como es el caso del nacimiento de un nuevo hermano (Freud, 1905/1978). Es así como, el niño empieza a ocuparse de preguntas como: ¿De dónde vienen los bebés?, ¿Quién creó el mundo, las personas y los animales?, ¿Quién soy?, ¿En qué consiste estar casado/a?, ¿Cómo afrontar los problemas de la vida?, ¿Quién debo ser? (Freud, 1905/1978) (Bettelheim, 1994). Interrogantes que sólo pueden ser abordadas y respondidas en los propios términos del niño, es decir, de forma acorde a como él experimenta e interpreta el mundo (Bettelheim, 1994).

En una etapa donde: los conceptos se forman a partir de la propia experiencia subjetiva (conceptos muy personalizados); no existe una clara distinción entre los objetos y los seres vivos; se "confunde la imaginación con el pensamiento, el deseo inconsciente con la acción, el decir con el hacer" (Dolto, 1986, p. 29); donde las prohibiciones sólo son

aceptadas cuando restringen a todas las personas; y se está incapacitado para elaborar pensamientos abstractos (Bettelheim, 1994). Se justifica que el niño sea propenso a emplear fantasías -como es el caso de las teorías sexuales infantiles (teorías del nacimiento, creencia concerniente a que todas las personas poseen pene) o las fantasías derivadas del Complejo de Edipo (fantasías de carácter incestuoso, fantasías respecto a la castración) (Freud, 1905/1978)- y pensamientos animistas, como medios para solventar las interrogantes que le atañen (Bettelheim, 1994).

A través del pensamiento animista, tanto los objetos como los animales, adquieren una vida idéntica a la del niño teniendo como resultado que el infante se relacione con ellos, de la misma forma en que lo haría con las demás personas (Bettelheim, 1994). De modo que, un niño puede acariciar un objeto, teniendo la certeza "de que a esta cosa tan bonita le gusta, como a él, ser mimada; y, por otra parte, castiga a la puerta [cerrada violentamente ante él] porque cree que ésta le ha golpeado deliberadamente, con mala intención" (Bettelheim, 1994, p. 57-58). De igual forma, con relación a los animales, espera que estos le hablen o se ocupen de los mismos temas que él considera importantes (Bettelheim, 1994). Por lo que, las criaturas u objetos con capacidad de hablar y las transformaciones mágicas en animales incorporadas en los cuentos de hadas, son fácilmente asimilados por el infante.

A estas circunstancias, se le suma la confusión de Dios con los padres (o sus sustitutos), provocada por las condiciones inherentes a la infancia y a la formación del Superyó (Dolto, 1986). Característica que conduce al niño a creer que, en tanto los padres (Dios) son percibidos como amos de todo lo que ocurre, todo peligro es una prohibición o castigo perpetrado por estos (Dolto, 1986).

Este conocimiento, generado por el niño a partir de sus fantasías y el pensamiento animista, se impone y es resguardado en calidad de "verdadero conocimiento", frente a las explicaciones racionales o científicas de los adultos, las cuales sólo generan más incertidumbres y un sentimiento de abatimiento, al ser incomprensibles para el infante (Bettelheim, 1994).

Además, la fantasía en conjunto con el pensamiento animista, le permiten al niño creer en la existencia de fuerzas superiores (ángel de la guarda, madre tierra, figuras sobrenaturales) que lo resguardan de los peligros y conflictos a los que se enfrenta; y que, además, su existencia, junto al lugar que ocupa en el mundo, son de vital importancia (Bettelheim, 1994). Siendo este un recurso sumamente valioso, en casos donde el infante se

sienta inseguro de sus propias capacidades -dado que, tanto los peligros como los conflictos, cuestionan y merman su narcisismo primario (Freud, 1914/1984a)- o de la capacidad de sus padres para protegerlo (Bettelheim, 1994). Por lo tanto, "despreciar una imagen protectora de este tipo (…) como simples proyecciones de una mente inmadura, es privar al niño de un aspecto de la seguridad y confort duraderos que necesita" (Bettelheim, 1994, p. 63).

De igual forma, para poder sobrellevar los conflictos y peligros a los que se enfrenta, el niño suele crear fantasías en las cuales, en un futuro, es capaz de lograr una "victoria definitiva" sobre sus malestares; lo cual, le permite ampararse en la creencia "de que el futuro arreglará las cosas de modo justo" (Bettelheim, 1994, p. 66).

Al experimentar estas seguridades -en cierta forma imaginarias- por un tiempo apropiado, el niño se vuelve capaz de desarrollar su autoconfianza, a la vez que, evita el sentimiento de estar desamparado ante los poderes del destino (del Superyó), o de haber perdido su protección (Freud, 1926/1986b) (Bettelheim, 1994).

La renuncia a estas fantasías y al pensamiento mágico -junto a los conocimientos que estos produjeron- a favor de las explicaciones racionales, conlleva un proceso gradual - "A veces el niño reconoce que lo que ha tomado como literalmente cierto (…) no es más que un símbolo" (Bettelheim, 1994, p. 63)- que culmina en la pubertad (Bettelheim, 1994). Sin embargo, estos pueden volver a surgir, a modo de consuelo, en momentos particularmente conflictivos o de tensión para la persona (Bettelheim, 1994).

2.2 El adolescente

La adolescencia es una época plagada de cambios y transformaciones progresivas (intrapsíquicas, corporales y relacionales), cuyo inicio y desenlace son difíciles de fijar, pues son concebidos a partir del propio ritmo-tiempo subjetivo de la persona -con sus aparentes precocidades o retrasos -, y a las conceptualizaciones generadas por una determinada sociedad y cultura (Dolto, 1990) (Koremblit, 2007) (López, 2014). Razón por la cual, se le han asignado etiquetas como: etapa evolutiva, crisis, proceso (de crecimiento, de maduración psíquica) o etapa de transición; todas ellas, haciendo alusión al carácter dinámico y a la "vertiente de conquista, progreso y superación" (López, 2014, p. 15), presentes en la adolescencia (Dolto, 1990).

Los criterios difusos y ambiguos ligados al inicio-desenlace de este periodo, suscitan notables montos de angustia en el adolescente de hoy en día, quien -a diferencia de épocas anteriores- carece de ritos (de transición o de iniciación) que delimiten con claridad su

ingreso o pertenencia a la denominada “adolescencia”, los peligros a transitar (pruebas), su desenlace exitoso al superarlos -o su fracaso al no hacerlo-, y con esto, su derecho de acceder a la adultez, apropiándose de los atributos asignados a esta nueva etapa vital (Dolto, 1990). Sin este apoyo, el adolescente se ve forzado a recorrer dichas vicisitudes por su cuenta, y sin seguros que lo escuden; quedando sometido a la injerencia de su propia sensibilidad, fortaleza o debilidad (Dolto, 1990).

Esta angustia, sumada al desequilibrio-inestabilidad característicos de todo periodo de cambio o transformación, coloca al adolescente en un estado de fragilidad, respecto al cual, nada dice (“no me pasa nada”) a pesar de su relevancia (Dolto, 1990) (López, 2014). Al respecto, Dolto (1990) propuso tomar como referencia a los bogavantes y langostas que han perdido su concha: “se ocultan bajo las rocas en ese momento, mientras segregan su nueva concha para adquirir defensas. Pero, si mientras son vulnerables reciben golpes, quedan heridos para siempre; su caparazón recubrirá las heridas y las cicatrices, pero no las borrará” (p. 13).

En estas circunstancias, se suele situar el inicio de la adolescencia entre los diez u once años, mientras que, su desenlace se prolonga hasta los 18-20 o más años (adolescencia tardía, adolescencia prolongada), conforme a las exigencias y conceptualizaciones dispuestas por la sociedad y cultura en la que se encuentra inmerso el sujeto (Dolto, 1990) (Koremblit, 2007). Dos formas de establecer el final de esta etapa son: como la renuncia consumada de los “saberes” y certezas infantiles (respecto a uno mismo y a los padres) que se creían absolutos (Koremblit, 2007), y como una “liberación” -a modo de transgresión creativa- de las injerencias paternas; donde la persona asume su propia historia y devenir sin inhibiciones ni sentimientos de culpa, aun cuando las vías o modalidades electas para este fin, despierten angustia o rechazo en los padres (Dolto, 1990) (Janin, 2019) (Koremblit, 2007).

2.2.1 La organización psíquica del adolescente

La pubertad trae consigo diversos cambios que conducen a la conformación de la vida sexual definitiva, entre los cuales, se destacan aquellos relacionados al cuerpo (Freud, 1905/1978). En los jóvenes, esto se manifiesta en una asimetría física (extremidades desproporcionadas) y rasgos disonantes; mientras que, en las muchachas, las modificaciones corporales aparentan ser “más bien cosa de belleza” (Dolto, 1990, p. 60). Sin embargo, en ambos casos, sobreviene un crecimiento de los genitales externos, a la vez que, los órganos

sexuales internos se vuelven aptos para producir (en los hombres) o recibir (en las mujeres) productos genésicos, destinados a la gestación de una nueva vida (Freud, 1905/1978). Cambios que están acompañados de un "gran empuje de la libido" (Freud, 1905/1978, p. 201) en el varón, y por una oleada de represión dirigida a la sexualidad del clítoris (en las chicas), a través de la cual, se transfiere la "estimulabilidad erógena" a la vagina, erigiéndola como la nueva zona rectora para las posteriores prácticas sexuales (Freud, 1905/1978).

La nueva disposición genital se activa, en lo sucesivo, ante estímulos capaces de generar excitación sexual, la cual es experimentada como un estado de tensión -de carácter "esforzante"- que suscita reacciones corporales (erección del pene, humectación de la vagina), a modo de preparación para el acto sexual (Freud, 1905/1978). Tensión a la que se le atribuyen tanto características placenteras como displacenteras pues, en un inicio, se obtiene placer ante el estímulo (belleza, caricias), pero en lo ulterior, el aumento (o refuerzo) de dicha tensión, a causa de otros estímulos semejantes y/o a las ya mencionadas reacciones genitales preparatorias para el acto sexual, puede causar displacer en caso de no obtener un placer acorde a este nuevo estado (Freud, 1905/1978).

De modo que, durante la adolescencia se ratifica el primado de las zonas genitales, pero -a diferencia de la infancia- estas asisten a la función de reproducción (Freud, 1905/1978). Para alcanzar esta nueva meta sexual, todas las pulsiones parciales operan en conjunto, a fin de alcanzar un monto máximo de placer, provisto -al menos en el varón- por la liberación de los productos genésicos, la cual elimina temporalmente la tensión de la libido (Freud, 1905/1978). De esto, se desprende una distinción entre este tipo de placer ("final" o placer de la actividad sexual), y aquel derivado de la excitación de las zonas erógenas (placer "previo"), que ya estaba presente -aunque en menor escala- en la infancia (Freud, 1905/1978).

Con la introducción de estos cambios al servicio de la función de reproducción, la pulsión sexual deja de ser predominantemente autoerótica, dando paso al encuentro con el objeto sexual; mismo que, en realidad constituye un reencuentro, pues ha sido preparado desde la más tierna infancia, cuando la satisfacción sexual aún estaba ligada a la nutrición y, por ende, al pecho materno como un objeto externo al cuerpo del niño (Freud, 1905/1978). Sin embargo, tras el periodo de latencia, el objeto se halla en un ámbito externo a la familia, pero mantiene ciertos vestigios de la primera elección de objeto infantil (padres o sus sustitutos) (Dolto, 1990) (Freud, 1905/1978). Es así como, el adolescente tiende a perseguir

las imágenes mnémicas de estos primeros objetos de amor, en sus posteriores elecciones de objeto (Freud, 1905/1978).

En conjunto, las nuevas configuraciones suscitadas durante la adolescencia demuestran que la persona "no se desprende de su pasado" (López, 2014, p. 16), pues la organización psíquica infantil constituye la base sobre la cual se habilitan y despliegan los cambios-transformaciones posteriores (Freud, 1905/1978).

Con estos cambios y transformaciones que desembocan en nuevas elecciones de objeto, en donde se evidencia una clara distinción entre el carácter masculino y femenino, los adolescentes se preparan para su primer intercambio sexual (Freud, 1905/1978). Esta introducción al amor exogámico es vivenciada, por los jóvenes, con deseo y temor a la vez, pues esta conlleva tanto un riesgo de "fracasar" en dicho amor, como la muerte de la niñez (de una época) (Dolto, 1990) (Janin, 2019). A partir de la cual, se instaura una separación con el ámbito intrafamiliar, que posibilita la formación de nuevos lazos, identificaciones y oportunidades, fuera de la familia (Janin, 2019).

Previo al involucramiento del cuerpo, la renovada vida sexual de los adolescentes se anuncia con un fuerte componente imaginativo, exteriorizado en las primeras evacuaciones involuntarias de esperma (en los varones), y las primeras menstruaciones (en las chicas) (Dolto, 1990). Así mismo, se produce en los jóvenes "una especie de fiebre psíquica de amor" (Dolto, 1990, p. 18) imaginativo, por individuos que figuran como ideales del yo, de carácter cultural (héroes, ídolos de masa). De igual forma, la masturbación se sirve de la imaginación para proporcionar una falsa expansión de la sexualidad; lo que puede operar como una preparación para el acto sexual, o como una "trampa" que agota la fuerza pulsional destinada a promover los encuentros reales (Dolto, 1990).

Sin embargo, se debe tener presente que, el amor de los adolescentes encuentra grandes obstáculos -principalmente sociales- para proyectar, y aún más para producir, un resultado (un fruto) de este amor (Dolto, 1990). En consecuencia, al no haber un proyecto común ni consecuencias derivadas de este amor, el acto sexual es reducido "a meras descargas nerviosas" (Dolto, 1990, p. 29) que no involucran un verdadero encuentro entre los seres. De modo que, los jóvenes tienden a verse recluidos en un amor narcisista, en el cual sólo se aman a sí mismos -a lo que ellos son (Freud, 1914/1984a)- "en la ilusión de otro. Es hablando de las muchachas como los chicos se aman, y ellas, es hablando de los chicos como se aman" (Dolto, 1990, p. 29).

Con el abandono -relativo- de los vínculos infantiles que se mantenían con los progenitores (o sus sustitutos), a causa del sepultamiento del Complejo de Edipo y la búsqueda de relaciones exogámicas, se instaura en el adolescente un desasimiento de la autoridad parental; a partir del cual, se desarrolla la oposición, a modo de rebeldía, con respecto a la generación anterior (Freud, 1905/1978) (Rangel, 2009). Así, los padres dejan de figurar como los valores referenciales del joven, y al mismo tiempo se vuelve particularmente sensible a las incongruencias de los adultos, sirviéndose de ellas para ejercer e imponer sus propias normas (Dolto, 1990) (López, 2014). De este modo, los valores, reglas y principios morales adquieren una considerable independencia de la autoridad parental, y pasan a estar armonizadas con el Yo, y operando de forma parcial dentro de él (Blos, 1980).

Al desasimiento de la autoridad paterna, debido al vínculo que mantiene con la formación del Superyó, le acompaña un deterioro de la eficacia reguladora de esta instancia psíquica, en particular, en su acepción como consciencia moral (Freud, 1923/1984h) (Freud A., 1954). Esto deja al Yo en un estado de relativa debilidad, al no poder depender de la autoridad del Superyó para regular-inhibir la autoestimación ni las pulsiones procedentes del Ello, las cuales adquieren una particular fuerza a raíz del advenimiento de la vida sexual definitiva (Freud A., 1954).

Esta disposición particular del adolescente -referente a su rebeldía y relativa debilidad del Yo- le permite "explorar los límites de su hogar, de su propia conducta, de su cuerpo y la sociedad" (Rangel, 2009, p. 58), lo cual no implica una desestimación absoluta de las normas y leyes.

Sin embargo, cabe mencionar que, el paso hacia el desasimiento de la autoridad paterna y el encuentro con el objeto exogámico sólo es posible tras haber establecido al grupo de pares (de edades parecidas) como modelos de relevo para la organización endogámica infantil (Dolto, 1990) (Janin, 2019). De modo que, estos se instauran como los nuevos valores referenciales, en especial aquellos jóvenes relativamente mayores y que gozan de cierto prestigio dentro del grupo, cuya crítica o rechazo suscita un mayor malestar en el adolescente, en comparación al generado por el reproche de los adultos (Dolto, 1990).

Es así como, la amistad entre pares adquiere una mayor relevancia en la adolescencia, y constituye un importante punto de apoyo en esta etapa; "sólo la amistad les hace la vida soportable" (Dolto, 1990, p. 50). Pues al juntarse con sus semejantes "en desgracia" (Dolto, 1990, p. 56), los defectos -la mayoría de las veces más imaginados que reales- de cada uno

se equilibran, neutralizándose uno a otro; permitiéndoles superar la ansiedad que estos les generan. Debido a esto, una amistad malograda puede dejar a los jóvenes en un estado de abandono y soledad, como desposeídos. Ante tal situación, los colectivos pueden representar un refugio, al ofrecer una confraternidad capaz de prescindir de las relaciones personalizadas (Dolto, 1990).

Este relevo de la organización psíquica infantil, por aquella correspondiente a la adolescencia, impulsa a los jóvenes a cuestionarse acerca de su propia identidad (¿Quién soy?), en un deseo por apropiarse de sus nuevas posibilidades, y consolidar aquellos elementos que los caracterizan y distinguen frente a los demás (López, 2014). Aspiración que se alcanza a través de un conocimiento experiencial, siempre enmarcado en el ámbito de las relaciones, sobre sus propias circunstancias. Lo cual resulta en la conquista de un nuevo rol, distinto al desplegado durante la niñez, que a su vez, incita una modificación en los demás roles de las personas de su entorno (López, 2014).

Los padres, en particular, presentan una mayor oposición a estas modificaciones de los roles, lo cual, suele dar origen a la confrontación con los adolescentes (Janin, 2019) (López, 2014). Debido a esto, los jóvenes pueden verse enfrentados a unos padres que luchan por prevalecer en sus antiguos roles, ya sea inhibiendo la independencia -incluida la de juicio- de los adolescentes, o compitiendo con ellos, al tratar de asemejarse al adolescente (Dolto, 1990). Tal situación, por lo general, despierta en el joven deseos de carácter ambivalente, tales como: establecer una diferenciación con la generación anterior (en sus modos de hablar, de vestirse, en sus opiniones), independizarse de los padres y su autoridad, cuestionar sus modelos de protección; pero manteniendo la posibilidad de recurrir a los progenitores -a su autoridad y a la seguridad que ofrecen- cuando el adolescente así lo requiera, e intentando descubrir acerca de sí mismo (de su identidad) a través de las historias familiares concernientes a sus antepasados (Dolto, 1990) (López, 2014).

En la búsqueda por su identidad, los adolescentes pueden llegar a emplear estos relatos acerca de sus antepasados, como un medio para adquirir un "protagonismo prestado", que les posibilite referirse a sí mismos en términos positivos, al equipararse - "me dicen que me parezco a…" - con el antecesor a quien se estima; proceso en el cual, la similitud de los rasgos físicos adquiere una singular relevancia (López, 2014). De este modo, se establece un particular vínculo con el pasado -los jóvenes suelen menoscabar o rechazar la injerencia de

sus años previos como infantes-, al servicio de la conformación de su identidad (López, 2014).

Del mismo modo, los adolescentes recurren a su entorno en busca de modelos (sus pares, colectivos o personificaciones del ideal del yo cultural) y juicios -la mayoría de las veces fantaseados- respecto a sí mismos, que contribuyan a la conformación de su identidad (Janin, 2019) (López, 2014). Así, se inscriben en la paradoja de "ser alguien, tomando aspectos de otros y a la vez suponiendo que debe ser único" (Janin, 2019, p. 39); "ser uno mismo por la vía de ser idéntico a otros" (López, 2014, p. 44).

De tal forma que, en un periodo donde se inicia una "aventura exploratoria" (Koremblit, 2007, p. 291) como consecuencia del desasimiento de la organización endogámica infantil, las personas del entorno y los modelos socioculturales adquieren un rol fundamental en la vida del adolescente (Dolto, 1990). Estos brindan valores y exigencias (imperativos de felicidad, éxito, consumo, sobre la sexualidad) capaces de relevar a la autoridad parental y, además, en las ocasiones donde le confieren al joven una imagen positiva de sí mismo, estos propician el fortalecimiento de su narcisismo secundario; lo cual nutre su autoconfianza, favorece la expansión de los lazos sociales y mitiga el sentimiento de culpa asociado al desprendimiento con respecto a los padres (Dolto, 1990) (Janin, 2019) (Lerude, 2008). En palabras de Ana María López F. (2014): "si el niño pequeño se creía el más guapo, porque su madre se lo decía, el adolescente va a necesitar que se lo digan, o por lo menos imaginar que lo piensa alguien más" (p. 37) distinto a sus padres. Por lo mismo, es igualmente susceptible a las valoraciones despectivas provenientes de su entorno, las cuales pueden llegar a incitar estados depresivos o de abatimiento (Dolto, 1990).

Atravesar por todos estos cambios y transformaciones característicos de la adolescencia, suscitará en el joven -de forma inevitable- distintos conflictos, crisis y malestares (Janin, 2019) (López, 2014), frente a los cuales, procederá a modo de héroe transgresor, en una odisea ("aventura exploratoria") donde "arriesga todo a cada instante" (Janin, 2019, p. 33), en terrenos desconocidos (Koremblit, 2007). Disposición que implica al adolescente en una serie de reestructuraciones, tanto internas como externas, las cuales le incitan a intentar apropiarse de sus nuevas circunstancias; proceso en el cual se entrecruza el pasado, presente y futuro del adolescente (Janin, 2019) (López, 2014). A través de este proceso de historización, el joven se convierte, a la vez, en su propio historiador y en el protagonista de su propia historia.

La odisea emprendida por el adolescente suscita diversas angustias, desafíos y malestares - tanto en el joven como en las personas de su entorno-, las cuales dotan a este periodo de un inevitable componente trágico (Janin, 2019). Así, por ejemplo, las transformaciones que conducen a la conformación de la vida sexual definitiva, al desasimiento y relevo de los padres por el grupo de pares u otros individuos estimados; acarrean diversas ideas de muerte (respecto a su cuerpo, a las relaciones establecidas, a sus referentes), las cuales pueden ser sintetizadas como "muerte de la niñez" (Dolto, 1990) (Koremblit, 2007). Debido a esto, las pesadillas donde uno mismo termina muerto o matando, suelen ser recurrentes entre los once y trece años (Dolto, 1990).

Así mismo, la percepción del cuerpo en transformación, junto a la relevancia que los rasgos físicos adquieren en la conformación de la identidad, producen angustias y temores que sitúan al cuerpo como uno de los medios predilectos para "representar, significar o expresar" (López, 2014, p. 22) los malestares y conflictos vivenciados por el adolescente. En estas circunstancias, el joven puede llegar a emplear diversos medios complementarios para apropiarse de su propio cuerpo, como son: los tatuajes, las perforaciones o el control de la alimentación (López, 2014).

En la adolescencia, el futuro es percibido como algo distante o incluso inalcanzable, lo cual dificulta en el adolescente, la tarea de sobreponerse a la discrepancia entre sus nuevas disposiciones pulsionales, sus posibilidades exogámicas y sus capacidades reales para consumarlas (Dolto, 1990) (Janin, 2019). Debido a esto, los procesos de sublimación se vuelven fundamentales, en especial, para sobrellevar los habituales pensamientos referentes a fracasar en la vida (Janin, 2019) (Rangel, 2009).

Sin embargo, la adolescencia también es un periodo donde el joven desmiente su propia muerte, se considera el centro referencial de todo cuanto le rodea (narcisismo primario), y donde el desarrollo del pensamiento abstracto, "con todo su poder para indagar, deducir conclusiones, generalizar aprendizajes y formular nuevas hipótesis y estrategias" (López, 2014, p. 23), posibilita una resignificación de lo vivido, y proporciona una comprensión más compleja acerca de sí mismo. Tal desarrollo del pensamiento marca la separación definitiva entre la vida imaginaria (fantaseada) y la realidad; y facilita la creación de estrategias de afrontamiento, para sobreponerse a las experiencias engorrosas de esta etapa (Dolto, 1990) (López, 2014). A pesar de lo cual, la conducta sigue figurando como una

"vía de escape" (López, 2014, p. 24) para expresar los conflictos y malestares que aquejan al adolescente.

2.2.2 Fantasear como medio de elaboración

En la adolescencia se despliega una "segunda vida imaginaria", caracterizada por mantener al triunfo social y a los modelos externos al ámbito familiar, como los principales temas de interés; marcando así, un distanciamiento con respecto a las fantasías infantiles (Dolto, 1990). Esto, sumado a las limitaciones reales que obstaculizan la consumación efectiva de sus nuevas disposiciones y posibilidades, da como resultado que las conquistas de esta etapa se desarrollen primero en la fantasía, como "representaciones no destinadas a ejecutarse" (Freud, 1905/1978, p. 206).

Debido a lo anterior, en la adolescencia, las fantasías -provistas por la propia experiencia, los libros, la televisión, los juegos- constituyen tanto un recurso para defenderse de los conflictos y malestares inherentes a esta etapa, como un elemento de carácter "esforzante" que incita al joven a salir del ámbito familiar para conquistar sus nuevas disposiciones y posibilidades; explorando así, la distinción efectuada -por el desarrollo del pensamiento abstracto- entre su mundo fantaseado y la realidad (Dolto, 1990) (Freud, 1905/1978). Por lo mismo, las fantasías -en su carácter de "representaciones no destinadas a ejecutarse" (Freud, 1905/1978, p. 206)- pueden figurar como un medio para "frenar la tendencia a la actuación" (Janin, 2019, p. 31), en particular, de aquellos pasajes al acto perjudiciales para el adolescente (conductas delictivas o aquellas reductibles a daños autoinfligidos) (Blos, 1980).

Frente a la percepción de un futuro distante e inalcanzable, y los temores que esto suscita, las fantasías respecto al futuro constituyen un empuje pulsional que aplaca tanto las ideas de muerte, como los malestares producidos por los impedimentos para consumar sus nuevas disposiciones y posibilidades (Dolto, 1990) (Janin, 2019). Así, los proyectos a futuro, a modo de representación de dichas fantasías, restauran en cierta medida el narcisismo primario del adolescente, al ubicar al ideal como algo posible, aunque se halle lejano en el tiempo y el espacio. Poco importa si el proyecto no es posible (planificar un viaje cuando no se dispone de los recursos económicos para efectuarlo, empecinarse con la creación de un objeto cuya producción y/o finalidad tienen impedimentos reales, descubrir un pasado que se imagina oculto), esto impulsa al joven a imaginar y emprender acciones para realizarlo, lo cual le permite sobrellevar los conflictos-malestares inherentes a esta etapa; permitiéndole

-quizás- prescindir de los ritos de transición o iniciación, y sus respectivas pruebas (peligros), como medios para marcar el fin de la infancia y la conquista de nuevos atributos referentes al ámbito social (Dolto, 1990) (López, 2014). Esta creencia en una utopía del futuro, "nos devuelve a la fuga, aunque a una fuga que no es delictiva, si los padres no la convierten en «transgresiva de prohibiciones» con su angustia (…) Es la verdadera evasión" (Dolto, 1990, p.79).

En definitiva, las fantasías pueden constituir un medio de elaboración para los conflictos y malestares inherentes a la adolescencia, y así, volverse un valioso sostén que facilite al joven transitar por esta etapa (Janin, 2019); siempre que se mantenga un adecuado vínculo con la realidad, y no comprometa sus ansias de lograr conquistas reales.

Capítulo 3: Psicoanálisis de los Cuentos de Hadas y Novelas de Fantasía

En el tercer capítulo se realiza un análisis psicoanalítico de los elementos presentes en los cuentos de hadas y las novelas de fantasía, limitándose a destacar aquellos componentes vinculados a la construcción psíquica del niño y del adolescente. En virtud de lo cual, se dispone de las elaboraciones de Bruno Bettelheim como conductor del presente estudio.

3.1 Los cuentos de hadas

Los cuentos de hadas constituyen un valioso y singular recurso, tanto para niños como para adolescentes, pues se pronuncian respecto a lo más íntimo de su vida anímica, y lo hacen a partir de un estilo narrativo capaz de armonizar con distintos momentos de su organización psíquica. Particularidad derivada de sus propios orígenes, cuando solo existían como narraciones orales, ampliamente modificadas según las creencias, necesidades e intereses, tanto del narrador como del oyente (Bettelheim, 1994). De modo que, desde sus inicios, representaban una herencia cultural, la cual contenía y consolidaba un sinnúmero de saberes respecto a las vicisitudes de la vida humana; todo ello, transmitido en un lenguaje "simple, directo y accesible" (Bettelheim, 1994, p. 29).

Este origen les provee a los cuentos de hadas de ciertas características distintivas respecto al resto de la literatura catalogada como "para niños", en especial, de aquella orientada a "formar" o "educar" al infante (Bettelheim, 1994). Así, en un análisis sobre el impacto de los cuentos de hadas en el niño, Bruno Bettelheim (1994) destaca en este tipo de relatos la capacidad: de abordar los conflictos anímicos del niño sin menoscabarlos, de estimular los recursos vinculados a la resolución de dichas problemáticas -fomentando a su vez, la confianza en sí mismo y su porvenir-, de favorecer la obtención de saberes profundos respecto a sí mismos (sus capacidades, potencialidades, emociones, deseos, preocupaciones), de armonizar con la organización psíquica del niño en diferentes momentos de su desarrollo, y de generar saberes de presta aplicación en la cotidianidad del infante. Siendo estos elementos que se encuentran a plena disposición del lector, para servirse de ellos o ignorarlos; tal es su libertad interpretativa, a diferencia de las historias con claros "mensajes" o aprendizajes, como es el caso de las fábulas y los mitos (Bettelheim, 1994).

La libertad interpretativa de los cuentos de hadas responde a la presencia de un contenido -el cual podría catalogarse como- manifiesto y otro latente, acompañado de una estructura que aboga por la ambigüedad (en la identidad de sus personajes, el tiempo y lugar

del relato). Así, el contenido de cada historia opera a distintos niveles, vinculándose con el Inconsciente, Preconsciente y Consciente de la persona; mientras que, su estructura constituye un campo especialmente fértil para las fantasías e interpretaciones personales (Bettelheim, 1994). De modo que, se aleja -una vez más- de las historias diseñadas para "enseñar" o "educar" al niño, a través de un único "mensaje" que, por lo general, sólo aborda una de las instancias psíquicas -al Superyó como control absoluto o eliminación de las pulsiones; o al Yo en términos similares- y se dirige únicamente al Consciente del individuo.

A partir de lo anterior, una primera limitación de los posteriores análisis de los cuentos de hadas es precisamente, sólo abordar aquellas interpretaciones más globales o "comunes" -como las definió Bruno Bettelheim (1994)-, siendo incapaz de agotar los significados y sentidos que estos contienen. Así mismo, los relatos se limitarán a aquellos más cercanos al conocimiento popular de los ecuatorianos, con la particularidad de estar remitidos a sus versiones clásicas, pues en ellas están ausentes ciertas modificaciones que han empobrecido o alterado su significado.

3.1.1 Sobre el Ello, Yo y Superyó

Los cuentos de hadas desarrollan diversas problemáticas de carácter universal, en especial, de aquellas que inquietan a los niños; aunque puedan resonar tanto en los adolescentes como en los adultos. Y lo hacen sin menoscabar, censurar o moralizar estos conflictos, ni los elementos que los acompañan (Bettelheim, 1994). Esto permite que su contenido involucre a las tres instancias referidas en la segunda tópica freudiana (Ello, Yo, Superyó) y, en algunas ocasiones, emule en sus narraciones su proceso de desarrollo.

Así, en algunos relatos, al examinar la situación inicial de los personajes, se puede identificar que suelen estar -en diferentes grados- gobernados por el principio del placer o poseen una condición ideal, donde están plenamente satisfechos (Bettelheim, 1994). Por ejemplo, en "Caperucita Roja" (Grimm y Grimm, 2013), la niña es querida por todos sus conocidos, y sucumbe ante los placeres que le ofrece el lobo (disfrutar de las maravillas del bosque), poniendo en riesgo su vida y la de su abuelita al distraerse en el bosque; en "Los tres cerditos" (Halliwell, 1843, como se citó en Bettelheim, 1994), los dos hermanos menores descuidan la construcción de sus casas para ir a jugar lo más pronto posible; en "Hansel y Gretel" (Grimm y Grimm, 2005), los niños devoran -destruyen- la casa hecha de dulces, aun cuando esta era su único refugio en el bosque. Es entonces cuando surge o se vuelve inminente el peligro que afrontan los protagonistas: el lobo se come a la abuelita y a Caperucita, el lobo

destruye las casas de los dos hermanos menores y se los come (“Los tres cerditos”), la bruja dispone todo para comerse a los niños (“Hansel y Gretel”).

Estos peligros pueden llegar a cumplir dos funciones distintas, dependiendo de su impacto en la historia. Así, en un grupo de relatos, constituyen elementos impulsores del cambio en los protagonistas, a favor de una mayor madurez (Bettelheim, 1994), donde se aplica el principio de realidad, el Yo se fortalece y media entre las exigencias provenientes del Ello y del Superyó; mientras que, en otros casos, operan como un factor desencadenante, a partir del cual, se destaca dicha madurez en el protagonista. Catalogando los ejemplos anteriores, “Caperucita Roja” y “Hansel y Gretel” se desarrollan acorde al primer grupo de narraciones, y “Los tres cerditos” conforme al segundo.

En “Caperucita Roja” (Grimm y Grimm, 2013) el cambio es evidente e incluso textual. Tras ser castigada -al ser devorada ella y su abuela- por sucumbir a las tentaciones del lobo, se nos presenta una escena de fácil asociación con el alumbramiento, a saber: el cazador realiza cuatro cortes al vientre del lobo, tras lo cual, Caperucita Roja “sale” gritando “¡Qué asustada que estuve, qué oscuro que está ahí dentro del lobo!” (Grimm y Grimm, 2013, p. 185). Esta puesta en escena constituye sin duda un renacimiento para Caperucita (Bettelheim, 1994), pues de inmediato emplea sus funciones yoicas para resguardarse del peligro que seguía representando el lobo. Lejos de sucumbir frente al placer de ser rescatada -de volver a nacer-, se dedica a rellenar el vientre del lobo con piedras -es decir, enfrenta el peligro, adaptando el mundo exterior a su conveniencia-, y sólo cuando la amenaza ha desaparecido (muerte del lobo), se narra acerca de satisfacciones pulsionales (los personajes son felices, el cazador obtiene la piel del animal, y la abuelita se “reanimó” al comer el pastel y el vino que trajo su nieta). Este proceso de maduración se manifiesta de forma textual en la siguiente frase, perteneciente a Caperucita: “Mientras viva, nunca me retiraré del sendero para internarme en el bosque, cosa que mi madre me había ya prohibido hacer” (Grimm y Grimm, 2013, p. 185). Pensamiento que también da cuenta de elementos superyóicos, al referirse a las prohibiciones maternas, las cuales toman mayor relevancia al analizar las implicaciones edípicas del relato. Más adelante, Caperucita emplea esta nueva madurez para enfrentarse a otro lobo, con las mismas intenciones del anterior. Esta vez, ella reconoce el peligro y evita ser tentada, además, su abuelita también ha cambiado, pues ahora es ella quien la protege del lobo y ejecuta un plan para matarlo. Así, la historia finaliza con: “Y Caperucita Roja retornó segura a su casa y en adelante siempre se cuidó de no caer en las trampas de los que buscan hacer daño” (Grimm y Grimm, 2013, p. 186).

A simple vista, los elementos relacionados al Superyó pueden parecer escasos o, incluso, inexistentes. Esto se debe a que frecuentemente están ligados o representados por personajes secundarios, los cuales acompañan y/o brindan asistencia al protagonista. En el caso de la "Caperucita Roja", estos se hallan en los adultos del relato, en particular, en el cazador y la abuelita, pues ellos se comportan acorde a las fantasías del niño respecto a sus propios padres; volviéndolos oportunos contenedores para sus proyecciones (Bettelheim, 1994). Así, el cazador-padre, da la impresión de censurar al lobo por tentar a una niña - "¡Así que te encuentro aquí, viejo pecador! (...) ¡Hacía tiempo que te buscaba!" (Grimm y Grimm, 2013, p. 185)- y cumple la función de protector, siendo capaz de enfrentarse al lobo sin perecer, y rescatando a las víctimas de este (Bettelheim, 1994). Por su parte, la abuela-madre encarna a una madre edípica, quien inviste prematuramente a Caperucita de carácter sexual al regalarle la caperuza roja -color asociado con aspectos referentes a la sexualidad como la seducción o sensualidad- y, en un inicio, siendo incapaz de vencer al lobo seductor, llegando a morir -acorde a la fantasía edípica-; siendo esto lo que imbuye de significado al cambio de la abuelita al final del relato, puesto que la ubica en una mejor posición dentro del entramado edípico (Bettelheim, 1994).

En el caso de "Hansel y Gretel" (Grimm y Grimm, 2005), el hermano emplea sus funciones yoicas para evaluar la amenaza que representa la bruja y engañarla con un hueso, a fin de aparentar estar flaco, es decir, poco apetitoso; lo propio ocurre con la hermana quien, al darse cuenta de las intenciones de la bruja al pedirle que se metiera al horno para comprobar si este ya estaba caliente, la embauca para que se inviertan los papeles, siendo Gretel quien empuja y encierra en el horno a la malvada mujer. En definitiva, ambos reconocen el peligro de una oralidad ilimitada (devorar la casa hecha de dulces, la voracidad de la bruja), viéndose en la necesidad de sustituir -aplicando sus funciones yoicas- sus pulsiones orales por estratagemas que les permitan sobrevivir (Bettelheim, 1994). Y al hacerlo, los hermanos se vuelven capaces de superar todos sus males: la bruja muere (representación de la superación de las pulsiones orales sin límites), encuentran un tesoro que comparten con su familia -solventando sus problemas económicos- (sortean las pulsiones asociadas a la retención de la etapa anal, siendo capaces de aportar de forma activa en su familia, abandonando así, la pasividad del estado de dependencia), son capaces de volver a su casa (aceptando que deben transitar un pequeño tramo del trayecto sin la compañía del otro) (Bettelheim, 1994), se reencuentra con un padre cariñoso y descubren que su malvada madre ha muerto; finalizando el relato con un felices para siempre.

En este relato los elementos asociados al Superyó también están ligados a los adultos, pero se añade la figura de los pájaros (Bettelheim, 1994). Al inicio del relato, la falta de dinero y comida en el hogar impulsa a los padres de Hansel y Gretel a abandonarlos en el bosque; acción que se traduce en una independencia forzada del hogar. En este sentido, los padres -en especial la madre, pues de ella surge la idea y convence a su esposo de llevarla a cabo- son los portavoces de ciertas exigencias del Superyó, a saber, la necesaria independencia respecto a los padres y el reemplazo de la noción de la madre preedípica que satisface todas las necesidades del niño, por el de una madre edípica que las limita.

Por otra parte, si dotamos de intención a las aves del relato -como lo haría cualquier niño atravesado por el pensamiento animista-, se podría advertir que actúan como una estricta guía para los hermanos. Primero, impiden el pronto retorno de Hansel y Gretel a su hogar, al devorar el rastro de pan dejado por Hansel; luego, un pájaro blanco -que despierta asociaciones con el espíritu santo y, por ende, a un ámbito superior- les guía a la casa de la bruja; y, por último, el pato "blanco" que les sirve de transporte final para retornar a su casa, provoca la separación (independencia) momentánea de los hermanos (Bettelheim, 1994). En conjunto, estas intervenciones pueden ser interpretadas como un intento por evitar el retorno de los hermanos, hasta que estos hayan madurado lo suficiente -abandonando su estado de dependencia-, y reconozcan los peligros de ser gobernados por el principio del placer (Bettelheim, 1994). Lo cual, puede entenderse como una medida para impedir que los hermanos solucionen sus conflictos por medio de regresiones.

En cuanto al segundo grupo de relatos -aquellos donde los peligros cumplen la función de resaltar la madurez del personaje-, el protagonista maduro se destaca del resto al ser el único capaz de superar los peligros impuestos en la historia, mostrando sus cualidades desde el inicio. Así, en "Los tres cerditos" (Halliwell, 1843, como se citó en Bettelheim, 1994), el mayor siempre es el más listo y previsor, como lo demuestra en la construcción de su casa (aplazando la obtención de placer), en su forma de obtener comida sin ser atrapado por el lobo (evalúa el peligro y actúa en consecuencia; se aleja de la voracidad sin control), al rechazar sus invitaciones a disfrutar manjares afuera de la casa (se sobrepone a sus deseos orales), y venciéndolo al final. En este caso, lo que permite distinguir un desarrollo hacia la madurez, es la presencia de los dos cerditos menores, y la discrepancia entre las casas que construyen (Bettelheim, 1994). Estos últimos son quienes se rigen únicamente por el principio del placer y forman una viva imagen del proceso de maduración: el menor construye una casa de paja (la más primitiva), el del medio una de troncos (más resistente,

pero aún vulnerable-inmadura), y el mayor una de ladrillos (la más resistente-madura); secuencia que también emplea el lobo en sus acciones destructivas. Ante tal puesta en escena, no es casualidad que el mayor sea el más maduro ni el último en confrontar al lobo, pues viene a representar la culminación de un proceso que inicia con el más joven (Bettelheim, 1994).

Sin embargo, a diferencia de los cuentos anteriores, también existen relatos donde el personaje principal se mantiene gobernado por el principio del placer, deleitándose en un perpetuo estado de satisfacción sin límites, como ocurre en "El sastrecillo valiente" (Grimm y Grimm, 2005).

En dicha historia, se distingue desde el inicio una falta de límites en las gratificaciones del sastrecillo, pues mantiene su "excelente" estado de ánimo tras satisfacer sus deseos orales -comprando mermelada para su comida-, aun cuando se nos da a entender que las acciones para efectuarlo han sido injustas para otra persona (la vendedora de mermelada), a tal punto de generarle enfado y malestar (Grimm y Grimm, 2005). Tras lo cual, sobreviene un acontecimiento que pondrá en evidencia el prominente narcisismo primario del personaje, a saber, mata a siete moscas de un solo golpe. Evento frente al cual, se observa una jactancia desproporcionada a tal "proeza"; escalando al punto de confeccionarse una medalla conmemorativa (cinturón con la inscripción "siete de un solo golpe"), y sentirse en la necesidad de pregonar tan "extraordinaria" hazaña -y, por ende, exaltando sus capacidades- por todo el mundo. Así, el sastrecillo se instaura como su propio ideal y se dispone a enfrentarse a un medio que, en última instancia, es incapaz de desmentir sus fantasías respecto a sus propias capacidades.

Primero, en su viaje por el mundo, el sastrecillo conoce a un gigante quien, tras observar cómo se jactaba de haber matado a siete de un golpe, decide poner a prueba su fuerza. Frente a lo cual, el protagonista emplea varias artimañas para superar los distintos retos planteados por el gigante: destruye un queso en vez de una roca, lanza un pájaro haciéndolo pasar por una piedra, carga una rama haciéndola pasar por la parte más pesada del árbol; en síntesis, engaña al gigante, encubriendo su verdadera fuerza. Tras lo cual, el gigante trata de asestarle un golpe al sastrecillo mientras dormía, para "enseñarle una lección", pero este se libra del atentado, sin siquiera ser consciente del peligro al que estuvo expuesto (al dormir en una esquina de la enorme cama ofrecida por el gigante para su reposo, logra evitar el golpe que termina partiéndola en dos). Tiempo después, conoce a un rey quien,

para deshacerse del sastrecillo, le impone diversas tareas (matar a dos gigantes, atrapar un unicornio, cazar un jabalí), prometiendo recompensarle con la mitad del reino y la unión matrimonial con la princesa. Entonces, el protagonista vuelve a usar sus artimañas, esta vez basadas -en su mayoría- en su particular agilidad, para superar dichos retos y obtener su recompensa. Y finalmente, con la ayuda de un amigo suyo, se sirve de las victorias acumuladas para intimidar a los criados -enviados por el rey tras descubrir el "vulgar" linaje del sastrecillo- que intentaban asesinarlo, consiguiendo ahuyentarlos sin luchar; y con ello, logrando mantener su posición como rey, por el resto de su vida.

De modo que, tras examinar las aventuras del sastrecillo, resulta evidente la ausencia de "aprendizajes" o cambios en el protagonista. Las pruebas que afronta -contrario a los cuentos analizados anteriormente- nunca constituyen un peligro inminente, aún más, ni siquiera lo perturban; y por ello, no generan transformaciones. Lo mismo sucede cuando confronta a un Superyó que cuestiona, muestra incredulidad e incluso rechaza la "fortaleza" de la cual se jacta; proyectado en los personajes del gigante (monstruo representante de una fuerza abrumadora) y el rey (humano representante de una fuerza superior). Siendo su propio ideal, el sastrecillo no sólo vence a estos personajes, sino que los amedrenta con su "fuerza", sobrevive a sus intentos de destruirlo y les sustrae recompensas (ser reconocido, poseer la mitad del reino y casarse con la princesa), contrariando tanto al gigante como al rey. Incluso en su relación matrimonial -con la princesa- perdura el narcisismo primario del sastrecillo, pues dicha unión le causaba disgusto a su esposa -al punto de recurrir a su padre para deshacerse de él-, y sin embargo, tal situación es irrelevante en el triunfo del protagonista (ser rey por el resto de su vida); como lo demuestra el propio relato, al omitir cualquier detalle referente al porvenir de la princesa o la calidad de su matrimonio.

Pero lo valioso de los cuentos de hadas va más allá del recorrido efectuado hasta el momento. Como ya se ha mencionado, estas historias abordan problemáticas universales que involucran a las tres instancias psíquicas del sujeto (Ello, Yo, Superyó), y facilitan las interpretaciones personales, atravesadas por la etapa vital y las fantasías particulares de cada persona. Así, por ejemplo, la resolución "feliz" de los cuentos de hadas, constituye un completo alivio pulsional para los niños, quienes catalogan al mundo en dualidades inconciliables (bueno-malo, recompensa-castigo, amor-odio) (Bettelheim, 1994); mientras que, para los adolescentes, el efecto puede verse disminuido debido a su capacidad para integrar los opuestos. Al mismo tiempo, este alivio pulsional opera en dos niveles diferentes: en el más superficial (Preconsciente, Consciente), es el resultado de la victoria sobre el

malvado, quien suele perecer por el mismo mal que intentaba realizar -por ejemplo, la bruja en su intento por cocinar a Gretel en el horno, termina siendo víctima de su propio plan (Grimm y Grimm, 2005)-, recibiendo "lo que se merece", mientras que el protagonista alcanza la felicidad; a un nivel más profundo (Inconsciente, Preconsciente), responde a la superación de las angustias y conflictos intrapsíquicos que la narración haya evocado (Bettelheim, 1994).

Por un lado, dicho final le permite al receptor de la historia sobreponerse a las angustias o conflictos suscitados, por ejemplo, por la visión de una prematura introducción a la sexualidad adulta o una infructuosa madre edípica -en "Caperucita Roja" (Grimm y Grimm, 2013)-, el peligro de ser devorado -en "Los tres cerditos" (Halliwell, 1843, como se citó en Bettelheim, 1994) y "Hansel y Gretel" (Grimm y Grimm, 2005)-, la separación respecto al hogar y figuras parentales -en "Hansel y Gretel"-, o el enfrentamiento con extraordinarias figuras superyóicas -en "El sastrecillo valiente" (Grimm y Grimm, 2005)- (Bettelheim, 1994). Por otro, constituye un indulto para todos los deseos de los protagonistas y, por identificación o proyección, del lector u oyente del relato (Bettelheim, 1994); pues aun cuando estuvieron gobernados por el principio del placer, consumando tanto deseos conscientes como inconscientes, todo culmina en felicidad absoluta y, la mayoría de las veces, sin mayor pérdida o castigo. Así, a pesar de sucumbir a la tentación del lobo (sexualidad adulta prematura), Caperucita "revive", aprende de su error y alcanza la felicidad; Hansel y Gretel hallan una vida feliz con su padre (entre otros elementos) al enterarse del fallecimiento de la madre-mala que restringía la satisfacción y quería abandonar a sus hijos; el sastrecillo se convierte en rey, manteniendo su narcisismo primario intacto; las pulsiones agresivas entre hermanos se hacen efectivas a través del lobo en "Los tres cerditos".

En el último caso, la angustia que pueda producir la muerte de los cerditos menores se aplaca debido a la ambigüedad en la identidad de los personajes. Estos no tienen ningún distintivo a parte de su edad, particularidad que permite interpretar sus muertes como el fin de las etapas previas del desarrollo; similar a las fantasías referentes a la "muerte de la niñez" durante la adolescencia (Dolto, 1990) (Bettelheim, 1994). Por tanto, el final feliz que obtiene el mayor y más maduro de los cerditos puede ser percibido de forma inconsciente como la victoria y felicidad de un único personaje, escindido en sus fases menos maduras.

Tal ambigüedad en los personajes -ya sea por la similitud entre ellos ("Los tres cerditos"), por llevar el nombre de un elemento que los caracteriza (Caperucita Roja, El sastrecillo) o por tener nombres comunes (Hansel y Gretel)-, además de facilitar los procesos de identificación y proyección, también contribuye a normalizar -volver comunes y ordinarios- los eventos del relato. Así, a diferencia de los mitos, los cuentos de hadas evitan encarnar los principales mandatos del Superyó, a saber, "Así (como el padre) debes ser (…) Así (como el padre) no te es lícito ser" (Freud, 1923/1984h, p. 36).

En los mitos, los protagonistas siempre tienen nombres propios y denotan un ilustre linaje -son hijos de reyes famosos o de alguna divinidad-, sus hazañas son reverenciadas al punto de convertirse en héroes a los cuales sólo es posible "tratar" de emular y, en algunos casos, sus recompensas las obtienen en otro plano existencial (como le ocurrió a Hércules) (Bettelheim, 1994). De modo que, se erigen como existencias alejadas del resto de individuos; en última instancia, imposibles de imitar en su totalidad. Por el contrario, los cuentos de hadas narran historias de personas comunes a quienes les ocurren eventos extraordinarios, y su felicidad siempre es terrenal e independiente de los elementos mágicos del relato (Bettelheim, 1994). Tampoco son particularmente virtuosos, a diferencia de los héroes míticos con su comportamiento encomiable, como lo demuestra el "sastrecillo valiente" al mantenerse dominado por el principio del placer, emplear artimañas para superar sus pruebas, o al conservar intacto su narcisismo primario. Por tanto, el receptor de los cuentos de hadas no está sometido a una estructura narrativa donde predomine la presencia de un Superyó dominante; mitigando así, los sentimientos de culpa que puedan surgir tanto por el material consciente e inconsciente evocado debido a la historia, como por la disparidad percibida entre los protagonistas y la propia persona (Bettelheim, 1994).

De igual forma, la ambigüedad respecto al tiempo ("Había una vez", "Hace mucho tiempo", "En tiempos remotos cuando…") y lugar ("En un país lejano", "En un espeso bosque") del relato, mengua los sentimientos de culpa, angustia y/o conflictos intrapsíquicos que puedan evocar los cuentos de hadas, al establecer una clara delimitación entre el mundo real del receptor de la historia y el mundo fantástico del relato.

3.1.2 Sobre el Complejo de Edipo

Entre las diversas problemáticas abordadas por los cuentos de hadas, se encuentran aquellas vinculadas al Complejo de Edipo. Esta temática suele estar presente en la mayoría de las historias donde interactúan entre sí padres e hijos, o sus sendos representantes;

teniendo como característica en común la disociación de las figuras parentales en un objeto-bueno y objeto-malo, como ocurre en "Hansel y Gretel" (Grimm y Grimm, 2005) y "Caperucita Roja" (Grimm y Grimm, 2013) (Bettelheim, 1994). En el primer caso, se puede interpretar al padre como el objeto-bueno -pues se preocupa por los niños, no los perjudica por iniciativa propia y, al final del relato, es feliz con ellos-, mientras que la madre y la bruja constituyen el mismo objeto-malo, pero escindido en dos personajes; siendo la bruja una mera extensión, más malvada y cruel (se quiere comer a los niños), de la madre (limita sus satisfacciones, obligándoles a independizarse del seno familiar). Composición que también está presente en "Caperucita Roja" cuando la abuela-buena, a quien se le adjudica un amor absoluto hacia caperucita, es sustituida por el lobo-malo que la quiere devorar; evento acorde a las fantasías de los niños respecto a sus padres "transformados" por la ira (Bettelheim, 1994).

En este tipo de cuentos, la disociación de las figuras parentales en objetos buenos y malos, le permiten al receptor del relato aplacar la angustia y/o la culpa que pueda generar la visión de triunfar sobre los progenitores, pues sólo se vence a sus aspectos "malvados", conservando lo bueno de ellos. Tal particularidad muestra su mayor valor en los relatos cuya temática central alude al conflicto edípico y su resolución, como lo son aquellas historias que culminan con el feliz matrimonio entre una muchacha o princesa rescatada y su salvador.

En el caso del conflicto edípico en los varones, el mejor ejemplo corresponde al modelo de historias donde un "valiente caballero" -quien siempre es un joven- se lanza al mundo, y afronta diversas pruebas para rescatar a una "princesa", con la cual entabla un feliz matrimonio (Bettelheim, 1994). En esta clase de relatos, aquello que impide el feliz encuentro con la mujer anhelada (la madre representada por la "princesa") no es el padre, sino una de sus disociaciones en objeto-malo; por lo general, encarnado en un monstruo fantástico como un dragón o un gigante (Bettelheim, 1994). Así, el receptor del cuento está habilitado para desear y complacerse con la muerte -por ejemplo- del dragón, sin comprometer de forma consciente al padre. Además, la historia establece que la "princesa" está cautiva en contra de su voluntad por aquella malvada figura masculina y, por tanto, preferiría estar con el joven héroe (Bettelheim, 1994). Así, el protagonista (y el receptor del cuento) ostenta una doble victoria sobre el representante del padre, y cumple las fantasías edípicas (ser el más deseado, matar al padre, y obtener todo el amor de la madre).

En cuanto a la resolución del Complejo de Edipo, estos relatos sugieren que el protagonista anhela a una mujer distinta a su madre, de quien aún no sabe nada, pero a la cual está seguro de hallar si se lanza al mundo (Bettelheim, 1994). Posteriormente, el héroe afronta diversos retos a modo de "rito de transición" antes de encontrarse con la "princesa" y ser capaz de mantener una relación con ella; es decir, alcanza (conquista) su madurez. Finalizando el relato acorde al entendimiento del niño respecto a la unión de un hombre y una mujer, a saber, se casan y son felices para siempre; sin mención de elementos sexuales que puedan conflictuar al infante (Bettelheim, 1994).

De esta manera, el héroe termina con una pareja no edípica, de edad similar a la suya, y alcanza la máxima prosperidad al convertirse en el nuevo regente del reino. Lo cual puede interpretarse, dependiendo de la etapa de desarrollo del receptor de la historia, como la felicidad adquirida al apropiarse de su mundo (su reino) -ya que el rey es quien crea e impone las leyes- junto a una mujer que lo ama de forma incondicional y quien nunca lo abandonará -es decir, similar a la fantasía de satisfacción absoluta junto a la madre-; o como la conquista del mundo adulto donde, tras haber madurado, es posible gobernarse a uno mismo, y en el cual se ha transferido el amor edípico hacia una compañera más adecuada (Bettelheim, 1994).

En el caso del conflicto edípico en las niñas, los ejemplos más claros se hallan en aquellos cuentos que se desarrollan en torno a una joven protagonista, y donde la feliz convivencia con el padre y/o el encuentro con el "príncipe" anhelado, es obstaculizado por la figura materna en una de sus disociaciones como objeto-malo; por lo general, encarnada en una madrastra o una malvada bruja, quien -al final del relato- suele ser severamente castigada, a veces, hasta el punto de fallecer (Bettelheim, 1994). Y en su contraparte, como objeto-bueno, son frecuentes los personajes femeninos positivos, pertenecientes al pasado de la protagonista, pero cuya influencia se mantiene -en cierto grado- vigente a lo largo del relato (Bettelheim, 1994). Así mismo, las madrastas o brujas tienden a ser depositarias de las proyecciones referentes a la madre edípica (quien impide el encuentro con el hombre anhelado y/o siente celos por las cualidades de su hija), mientras que, a los personajes femeninos positivos les corresponde aquellas relacionadas a la madre preedípica (quien brinda amor absoluto y nunca obstruye el encuentro con el objeto de amor). Esta disposición, permite al receptor del cuento desear y complacerse con el castigo -por ejemplo- de la bruja, sin comprometer a la madre-buena (preedípica). Además, en el caso de los relatos donde opera la madrastra como objeto-malo, se torna efectiva la fantasía en la cual, la madre-mala

no es la “verdadera”, sino una impostora o una transformación maligna de la madre “real”, acorde a las fantasías de los niños (Bettelheim, 1994); o como muestra de un pasado secreto, donde puede hallarse a la “auténtica” y más amorosa familia, conforme a las fantasías adolescentes (López, 2014). De esta forma, al igual que ocurre en el cuento, la madre “real” está exenta de las condenas impuesta a la mujer malvada de la historia.

Por su parte, en este tipo de cuentos, los padres de las protagonistas rara vez se presentan como objeto-malo. En cambio, suelen comportarse como figuras positivas, quienes están sometidos a la voluntad de la mujer malvada, ya sea por sucumbir ante la influencia de su pareja -al igual que el padre de Hansel y Gretel (Grimm y Grimm, 2005)- o por su impotencia frente a fuerzas superiores como la magia -por ejemplo, en “La bella durmiente” (Grimm y Grimm, 2005)- (Bettelheim, 1994). En ambos casos, se percibe al padre como un personaje que preferiría amar y ayudar a la heroína de la historia, pero quien está imposibilitado de hacerlo, debido a la injerencia de una maligna figura femenina (Bettelheim, 1994). Incluso, el padre de las protagonistas puede llegar a promover o contribuir -de forma indirecta- al encuentro con el “príncipe” anhelado, como acontece en “Cenicienta” (Grimm y Grimm, 2005) o “La bella y la bestia” (Leprince de Beaumont, 1757, como se citó en Bettelheim, 1994). Siendo estas últimas, junto a “Blancanieves” (Grimm y Grimm, 2005), historias que ilustran de forma clara el esquema, establecido hasta el momento, sobre los relatos cuya temática principal alude al conflicto edípico en las niñas.

Tanto en “Blancanieves” (Grimm y Grimm, 2005) como en “Cenicienta” (Grimm y Grimm, 2005), el relato inicia con la muerte de la verdadera, y más amorosa, madre de las protagonistas; tras lo cual, el padre se vuelve a casar, dejándolas expuestas a las malicias de la madrastra. Así, en el caso de “Blancanieves”, la madre se instaura como el personaje femenino positivo (preedípico) al anhelar su nacimiento -de modo que, Blancanieves es fruto de su deseo- y al otorgarle su destacada belleza (al desear una hija tan blanca como la nieve, tan roja como la sangre y con el cabello tan negro como el ébano); mientras que, la madrastra, al envidiar la hermosura de Blancanieves, odiarla al punto de querer asesinarla, y tener la intención de comérsela (pulmones e hígado) -acto similar a la cosmovisión ancestral de devorar una parte de un animal para adquirir sus capacidades; en este caso, la belleza-, se comporta acorde a las fantasías de la niña respecto a la madre edípica; lo cual se consolidad al captar que tales acciones negativas, sólo tienen lugar cuando Blancanieves ha crecido (Bettelheim, 1994).

Por su parte, la madre de Cenicienta, antes de morir, expresa su amor y promete velar por ella -acorde a las cualidades de una madre preedípica-, manteniendo su influencia positiva a lo largo de la historia, en la forma de un árbol (germinado en su tumba) al cual la protagonista acude en busca de consuelo, y en el cual se posa el pajarito blanco que cumple sus deseos. En cambio, su madrastra la denigra, le impone arduas tareas que la dejan en un estado desaliñado (ceniciento), la releva de su posición como la más amada del hogar, al punto de ya no tener una cama donde dormir, la coloca por debajo de sus hermanastras (hijas sólo de la madrastra), y hace todo lo posible para impedir su encuentro con el príncipe (imponiéndole tareas imposibles, como requisito para ir al baile donde el príncipe elegiría a su esposa, e incumpliendo su promesa tras ver completadas sus peticiones). En este caso, al igual que en "En la bella y la bestia" (Leprince de Beaumont, 1757, como se citó en Bettelheim, 1994), la confrontación con la madre edípica se transfiere y se suma a la rivalidad fraterna (Bettelheim, 1994). Ambas son las hermanas menores en un grupo de tres hijas y, opuesto a sus crueles y egoístas hermanas, son trabajadoras, bondadosas, desprendidas de lo material, y sinceras; disposición que puede equipararse, de forma inconsciente, con la constelación familiar (dos padres, donde el hijo es el tercero y el menor), y en la cual, se colocan como mejores alternativas para el "príncipe" anhelado (Bettelheim, 1994). Sustitución, de la madre (objeto)-mala por las hermanastras malvadas, que se favorece de forma particular en "Cenicienta", al no existir rasgos distintivos entre las hermanastras y la madrastra, facilitando la impresión de referirse a un mismo personaje malvado.

Tal es la situación inicial de las protagonistas, cuando se desencadena el conflicto edípico. Entonces, Blancanieves debe afrontar los intentos de asesinato organizados por su madrastra, Cenicienta debe superar las tareas imposibles impuestas por su madrastra (recoger de las cenizas un sinnúmero de lentejas, en una hora) y adquirir un hermosos vestido, por su cuenta, si desea ir al baile donde se elegirá a la esposa del príncipe -es decir, superar tanto a su madrastra como a sus hermanastras, si desea estar junto al príncipe-; y Bella, asumiendo el castigo de su padre, se dispone a vivir con la Bestia.

En el caso de Blancanieves, esta encuentra la ayuda tanto del cazador como de los siete enanitos, siendo estos, personajes masculinos protectores que van en contra de los deseos de su madrastra; lo cual, habilita en el receptor del relato, la visión de una madre edípica que no es todo poderosa en sus mandatos, y -al conocerlos tras ser obligada a abandonar su casa- la posibilidad de hallar la felicidad fuera del hogar parental (Bettelheim,

1994). Además, su refugio en casa de los enanitos puede interpretarse como el periodo de latencia, previo al arribo del segundo tiempo de la vida sexual; puesto que los enanitos sólo se interesan en el trabajo (sublimación de las pulsiones), siento esto lo que le solicitan a Blancanieves (realizar las tareas del hogar) para poder vivir con ellos, y no dan cuenta de aspectos sexuales (no tienen esposas, ni madres) (Bettelheim, 1994). Posteriormente, tras cierto tiempo, la madrastra vuelve a irrumpir en la historia (segundo tiempo de la vida sexual) disfrazada de una vieja vendedora, quien busca deshacerse de la heroína al tentarla con elementos de fácil asociación con la sexualidad, a saber: una cinta para su corsé, la cual corta su respiración y la deja "como muerta"; un peine para el cabello envenenado; y una manzana roja envenenada. Blancanieves inmadura aún, se deja tentar y "perece" ante aquellos elementos destinados a resaltar su atractivo sexual (cinta, peine), y por la manzana que despierta asociaciones con el pecado original de Eva (Bettelheim, 1994).

En dos ocasiones los enanitos logran rescatar a Blancanieves, advirtiéndole del peligro de dejarse tentar por la vendedora. Sin embargo, esta los ignora y fallece al comer la manzana. Tras lo cual, los enanitos deciden velarla en un féretro de cristal, colocado en la cima de una montaña. Así se mantiene Blancanieves durante varios años, hasta que un príncipe se enamora de ella, tras observarla en su ataúd, y decide llevársela a su reino. En el camino, el cuerpo de la protagonista es sacudido, permitiéndole expulsar el trozo de manzana envenenada que había injerido, y así, volviendo a la vida.

Así, tras un largo periodo de latencia y desarrollo, representado por la estadía en casa de los enanitos y su "aparente" muerte (Bettelheim, 1994) -similar a "Caperucita Roja" (Grimm y Grimm, 2013)-, el conflicto edípico se resuelve con el profundo enamoramiento de Blancanieves y el príncipe (pareja no edípica); mientras que, la madrastra muere al ser castigada (siendo obligada a bailar con unos zapatos de hierro que ardían al rojo vivo) durante la boda de la protagonista con el príncipe. De modo que, la resolución del conflicto edípico y la ascensión como reina, tienen las mismas implicaciones que los relatos con temática referente al Complejo de Edipo en los varones.

En el caso de Cenicienta, ella encuentra socorro en los pajaritos que la ayudan a completar las tareas impuestas por su madrastra (recoger de las cenizas un sinnúmero de lentejas, en una hora), y en su madre-buena (preedípica), transmutada en un árbol (germinado en su tumba), el cual cumple sus deseos de poseer hermosos vestidos para el baile, a través de un pajarito blanco que se posa entre sus ramas (el pajarito le arroja los

vestidos); elemento mágico en el cual también está involucrado el padre, pues este le regala a la protagonista la rama, a partir de la cual, se desarrolla dicho árbol (Bettelheim, 1994). Así, a pesar de los impedimentos de la madrastra -primero en forma de pedidos imposibles de realizar, y después negándose a cumplir su promesa de permitirle asistir al baile-, Cenicienta está capacitada para asistir a la fiesta donde se elegirá a la esposa del príncipe. Sin embargo, la unión con el príncipe no es inmediata, pues en tres ocasiones acude al baile, y en todas ellas, termina por esconderse de él, regresando sola a su casa y a su estado desaliñado (ceniciento).

Este periodo, donde Cenicienta se oculta del príncipe, puede interpretarse de dos formas: primero, como una muestra de una actitud ambivalente, donde la protagonista desea salir al mundo para desplegar su sexualidad, pero su temor a efectuarlo le impulsa a retornar al hogar; y segundo, como el deseo de la protagonista de ser amada en su "verdadera" forma, sin el embellecimiento mágico provisto por los vestidos y calzados, concedidos de forma fantástica (Bettelheim, 1994). En cualquier caso, corresponde a un periodo donde se empieza a forjar las bases para la resolución del conflicto edípico, a saber: el príncipe instaura -frente a todos- a Cenicienta como "su compañera" en el baile y, siendo incapaz de retener a la protagonista, solicita la ayuda del padre de Cenicienta. De esta forma, queda escenificado el intento de desplazar el amor edípico por el padre, hacia una pareja más adecuada no edípica; tentativa frente a la cual, el padre muestra su apoyo, pues -aún sin estar seguro de ello- cree que el príncipe busca a Cenicienta, y colabora con él, destruyendo los lugares donde esta se había escondido (Bettelheim, 1994).

Tras este periodo de huidas y búsquedas, el príncipe logra hacerse con el zapatito de oro de Cenicienta -al haber untado con brea las escalinatas-, y acude al hogar de la protagonista para casarse con la joven a quien le calce dicha prenda; evento que desencadena la resolución del conflicto edípico. Así, Cenicienta triunfa sobre su madrastra y hermanastras (como extensión de la primera), quienes trataron de timar al príncipe para que se casara con alguna de las hermanas mayores (a petición de su madre, la primera se corta el dedo gordo para poder calzar el zapatito, y la segunda se corta el talón), pero fracasaron gracias a la intervención de unas palomas que advirtieron al príncipe del sangrado de las muchachas; lo cual, despierta asociaciones tanto con un Superyó que vuelve infructuoso al engaño, como a la "impureza" o falta de "inocencia" de las hermanastras (remitiéndose al sangrado como un símbolo de haber perdido la virginidad) (Bettelheim, 1994). Sólo Cenicienta, quien se ha librado de las imposiciones de la madre edípica, se ha diferenciado de ella, ha aflojado sus

vínculos con el padre, y se mantiene "pura" o "inocente" (virgen, al no sangrar), está capacitada para casarse con el príncipe (Bettelheim, 1994); representado por el calzado perfecto del zapatito -escena similar a la proposición matrimonial con un anillo- y el canto de las palomas ("sangre en la pierna no hay, del tamaño justo es el pie, ésta es la novia apropiada") (Grimm y Grimm, 2005, p. 84). En este caso, el relato finaliza con el castigo de las hermanastras (unas palomas les arrancan los ojos, dejándolas ciegas, durante la boda de Cenicienta), en vez de la madrastra. Esto, acorde a la trasferencia del conflicto edípico con la madre, hacia la rivalidad fraterna. De modo que, la protagonista supera a la madre-mala (edípica), al triunfar sobre sus hijas predilectas (las hermanastras) (Bettelheim, 1994) y extensiones de sí misma (de la madre-mala). En este sentido, el final de la historia también puede interpretarse como una representación de las fantasías infantiles, referentes a "merecer" el castigo de los progenitores, debido a sus deseos edípicos (Bettelheim, 1994); razón por la cual, la madrastra queda exenta de sanciones.

Por su parte, Bella se posiciona de una forma particular respecto a los anteriores cuentos. A diferencia de Blancanieves y Cenicienta, su conflicto gira en torno a la convivencia con una pareja no edípica (Bettelheim, 1994). En su caso, el padre facilita desde el inicio, el desarrollo sexual de su hija y la transferencia de su amor edípico hacia el personaje de la "Bestia"; evidenciado en las siguientes acciones: le regala a Bella una rosa arrancada del jardín de la bestia -evento que despierta asociaciones con el "desfloramiento" como pérdida de la virginidad-, lo cual supone tanto una muestra de amor como una sentencia de muerte para este (dictaminada por la Bestia al haberle robado); evita que sus demás hijas intenten asesinar a la bestia (a la pareja no edípica), pues sólo se pondrían en peligro -es decir, reconoce su incapacidad para hacerle frente a tal personaje-; y acepta la iniciativa de Bella para tomar su lugar y presentarse ante la bestia, lo cual desencadena la relación entre ambos (Bettelheim, 1994). En cambio, al comienzo, Bella se une a la Bestia solamente por su amor al padre -por su amor edípico, pues incluso se remarca que la heroína rechazó varias propuestas matrimoniales, en aras de mantenerse junto a su padre-, e inicia una vida donde todos sus deseos son satisfechos, y a pesar de ello, la considera monótona, llegando a anhelar sus pequeños encuentros con la Bestia, aun cuando estos la conflictuaban. Situación que puede ser interpretada como una muestra de lo infructuoso y estéril de tal condición ideal, para el desarrollo del individuo (Bettelheim, 1994).

Así, transcurren tres meses, en los cuales Bella va descubriendo la amabilidad de la Bestia, y rechaza de forma constante sus propuestas matrimoniales. Es decir, un periodo de

tiempo donde no intervienen aspectos sexuales, en su relación. Entonces, la Bestia hace una concesión respecto a sus propuestas matrimoniales, pidiéndole a la protagonista que al menos prometa nunca abandonarle, pues podría morir sin su compañía; petición aceptada por Bella, con la condición de poder retornar a su casa y velar por la salud de su padre, la cual se ha visto afectada desde su separación, durante siete días. En este retorno al hogar paterno, la protagonista debe afrontar los celos destructivos de sus hermanas mayores (Bettelheim, 1994) quienes, resentidas por las cualidades de la heroína y sus propios fracasos amorosos (no tienen matrimonios felices), tratan de retenerla por más tiempo, con la esperanza de suscitar la ira y castigo de la Bestia, sobre Bella.

En este segundo tiempo -delimitado por los tres meses sin injerencia del ámbito sexual- donde se retoman los aspectos edípicos, Bella debe decidir entre obedecer a sus hermanas mayores -representantes de la madre-mala dentro del esquema: dos padres, donde el hijo es el tercero y el menor- y seguir cuidando de su padre, o cumplir con su promesa de vivir junto a la Bestia. Ante tal situación, la protagonista termina por trasferir su amor edípico por el padre, hacia el personaje de la Bestia; al darse cuenta de sus sentimientos amorosos por la criatura y eligiendo volver a su lado, lo cual le permite salvar la vida de la Bestia (devastada, al igual que el padre, por su separación con la heroína). Es así como, el mismo amor que reconfortaba al padre, ahora se dirige, y socorre, a una pareja más adecuada (no edípica) (Bettelheim, 1994). Además, al profesar su amor y aceptar casarse con la Bestia, la protagonista libera a la criatura del hechizo de un "hada perversa", restituyendo su "verdadera" forma como un príncipe apuesto; lo cual puede interpretarse como la transformación de una visión ominosa y peligrosa de la pareja sexual, divulgada por una mujer mayor (el hada perversa), por una más bella y atrayente (Bettelheim, 1994). El relato concluye con la convivencia armoniosa entre Bella, su padre y la Bestia (sepultamiento del Complejo de Edipo), y el castigo de las hermanas mayores (convertidas en estatuas hasta que se arrepientan de mala conducta). En este caso, el padre se libra de la condena, pues sus implicaciones edípicas, lejos de perturbar a la heroína, contribuyen a la resolución del Complejo de Edipo (Bettelheim, 1994). En cambio, las hermanas mayores operan de forma similar a las hermanastras de Cenicienta, y por ende, comparten su destino (ser castigadas).

3.2 Las novelas de fantasía

Las novelas de fantasía comparten varias de las características de los cuentos de hadas, tanto en su estructura narrativa como en su impacto en la vida anímica del lector. Así,

al igual que dichos cuentos, este tipo de novelas desarrollan varias de las vicisitudes de la vida humana, sin la intención de ser relatos admonitorios o de "enseñanza". Además, al mantener la presencia de elementos mágicos, los conflictos que abordan se tornan -en cierto grado- símbolos o arquetipos, los cuales suscitan distintas fantasías e interpretaciones personales, por parte del receptor de la historia; elaboraciones que, a diferencia de las novelas "realistas", son más aceptables y desprovistas de culpa, al proceder de un mundo "otro" (mágico), distinto al real.

Dadas estas similitudes, es posible adjudicarle a las novelas de fantasía algunas de las características más relevantes de los cuentos de hadas, siendo estas: abordar conflictos anímicos sin menoscabarlos; estimular los recursos vinculados a la resolución de dichas problemáticas, induciendo a su vez, la confianza en sí mismo y su porvenir; favorecer la obtención de saberes profundos respecto a sí mismos (sus capacidades, potencialidades, emociones, deseos, preocupaciones); revelar una historia que opera en distintos niveles (manifiesto y latente), los cuales pueden ser interpretados de distinta forma, dependiendo de la etapa vital del receptor del relato; y generar saberes de presta aplicación en la vida cotidiana. De modo que, varios de los análisis concernientes a los cuentos de hadas, se pueden extrapolar a este tipo de novelas.

Sin embargo, la relevancia de las novelas de fantasía va más allá de sus semejanzas con los cuentos de hadas, pues dicho tipo de novelas aportan -además- una importante aproximación a la organización psíquica del adolescente. Razón por la cual, y con el fin de evitar reiteraciones en elementos ya examinados, los posteriores análisis se limitarán a destacar esta particularidad en las novelas de fantasía más cercanas al conocimiento popular de los ecuatorianos.

3.2.1 Un acercamiento a la organización psíquica del adolescente

Un gran número de novelas de fantasía presentan una estructura narrativa similar a los cuentos de hadas, cuya temática principal alude al conflicto edípico y su resolución. Así, en una abstracción de su trama, se podrían sintetizar en el siguiente esquema: El/La joven protagonista se muestra como una persona ordinaria, a veces en una situación precaria, sin exhibir las cualidades de un héroe/heroína capaz de lograr grandes hazañas; luego, un evento irrumpe en su cotidianidad, impulsándole a asumir un proyecto descomunal, para ese momento del relato; frente al cual, el protagonista rehúye de su participación en dicha empresa, hasta que le es imposible hacerlo; entonces, irá conociendo diversos compañeros,

mentores y elementos mágicos que le ayudarán a superar diversas pruebas y peligros, a fin de consumar su proyecto; finalizando la historia con un protagonista que, al superar varios obstáculos y al cumplir con su objetivo, ha demostrado las cualidades propias de un héroe, alcanzando la felicidad y, en algunos casos, uniéndose en matrimonio con la persona amada.

Así, acorde al esquema anterior, Harry Potter (J. K. Rowling) inicia en un estado "ceniciento" equiparable al de Cenicienta, siendo denigrado por su familia (sus tíos y su primo), quienes lo posicionan como el menos amado dentro de esta; Frodo y Samsagaz ("El señor de los anillos" de J. R. R. Tolkien) son hobbits ordinarios dentro de "La Comarca"; lo propio con la familia Stark ("Canción de Hielo y Fuego" de George R. R. Martin); y Vin ("Nacidos de la Bruma 1ra. Era" de Brandon Sanderson) es una huérfana sin hogar, integrante de una banda de ladrones, a cuyos miembros teme y rehúye, pues constituyen una evidente amenaza para su vida. Sin embargo, a diferencia de los cuentos de hadas, conforme avanza la historia, los personajes empiezan a descubrir o dar cuenta de un linaje singular, del cual obtienen (heredan) poderes extraordinarios y/o extraen virtudes encomiables.

Tal particularidad -con relación a los cuentos de hadas- puede interpretarse como una representación de las fantasías y consideraciones de los adolescentes, respecto a la familia. Por un lado, la fantasía de poseer un pasado oculto donde se puede hallar a la "auténtica" y más amorosa familia (López, 2014), se hace efectiva en personajes como Harry Potter, quien descubre -a través de relatos de otras personas- a unos padres generosos, gentiles y que lo amaban al punto de sacrificar su vida por él. Por otra parte, como una muestra directa de la apropiación de las cualidades positivas de un familiar, perteneciente a una generación anterior (López, 2014), están todas aquellas habilidades heredadas por relación sanguínea (la magia, en el caso de Harry Potter; la capacidad de compartir sentidos con los animales, en la familia Stark; la habilidad de Vin para obtener diversos poderes al ingerir determinados metales) y las cualidades que otros personajes suelen remitir a un antepasado del protagonista, como la capacidad de Frodo Bolson para resistir las tentaciones y corrupción del "anillo único" (remitido a Bilbo Bolson), el código de honor y creencias transmitidas por el linaje Stark, o la valentía (remitida al padre) y compasión (remitida a la madre) de Harry Potter -de quien también se resaltan sus similitudes físicas con sus padres-.

De igual forma, en las novelas de fantasía, tanto las relaciones interpersonales del protagonista como su vínculo con el mundo, se muestran acordes a una postura adolescente. Así, desde el inicio de la historia, el vínculo del protagonista con sus progenitores -o sus

representantes- suele desasirse, a raíz del descomunal proyecto que le apremia. A partir de lo cual, el aspirante a héroe se ve arrojado a un mundo, donde los adultos demuestran ser ineficaces para superar el peligro o las pruebas, vinculadas a dicho proyecto. Incluso los mentores o guías, quienes brindan -por cierto tiempo- apoyo y seguridad, terminan por integrarse a este grupo de adultos. De esta manera, el "joven" protagonista se erige como el único capaz de asumir y resolver tales dificultades; y con ello, triunfa sobre sus mayores.

El abandono de "La Comarca" ("El señor de los anillos"), distanciarse del hogar para asistir a una escuela de magia ("Harry Potter"), marcharse de su patria para cumplir con sus obligaciones o perseguir sus objetivos ("Canción de Hielo y Fuego"), son claras representaciones del desasimiento de los vínculos parentales, a partir del cual, los protagonistas emprenden un proceso de cambios e independencia, que los conduce a la madurez. Por tanto, la oposición inicial del protagonista o las personas a su alrededor -como le ocurre a Harry Potter con sus tíos, o a varios miembros de la familia Stark con Catelyn Stark- con respecto a asumir el proyecto planteado por la novela -en los casos anteriores: asistir a una nueva escuela para convertirse en un mago, y viajar a la capital del reino para asumir nuevas responsabilidades-, puede interpretarse como un intento de mantener una postura infantil, o como una representación de la disconformidad de los adultos, frente a una modificación en los roles familiares.

Superada la oposición inicial, el protagonista sale al mundo y emprende una nueva vida, redefiniendo su vínculo con sus padres (o sus representantes), y estableciendo unos nuevos, tanto con sus pares como con los demás adultos. En particular, las novelas de fantasía suelen destacar la importancia del joven protagonista y su grupo de pares, dejando a los adultos -o personas de mayor edad- como personajes incapaces, frente al proyecto que le han asignado al héroe. Por ejemplo, Harry Potter y sus amigos son quienes evitan el robo de la piedra filosofal, solucionan la amenaza del basilisco, son los encargados de vencer al villano principal, tras hallar y destruir los diversos "horrocruxes"; los miembros de "La Comunidad del Anillo" están implicados en las diversas alianzas y combates victoriosos, que desencadenan en la eliminación de la amenaza de los orcos, Saruman y Sauron; Vin derrota al tirano que gobernó por mil años y a la entidad detrás del caos en el mundo, Elend Venture y Lestibournes (apodado "Fantasma") se convierten en personajes vitales en la reforma y salvación del planeta. Todas las anteriores, hazañas inalcanzables para los adultos o personas de generaciones anteriores a los protagonistas.

De esta forma, los protagonistas encarnan el narcisismo primario del adolescente, a saber, ser el centro referencial de todo cuanto le rodea; pues, en la novela, todo se desarrolla a partir de él, y cada evento lo involucra o lo afecta en cierto grado. Por su parte, los adultos o personas mayores de la historia se presentan despojados del poder absoluto que le atribuiría un niño; dando paso a la hegemonía del grupo de pares. Esta desvalorización habilita, tanto en el héroe como en el receptor de la historia, el cuestionamiento de la autoridad y preceptos de los adultos; y con ello, del mundo que han moldeado. Así, por ejemplo, Hermione Granger se vuelve una activista a favor de los derechos de los elfos domésticos, quienes son tratados como esclavos; Jon Nieve se cuestiona acerca de la noción que le han transmitido sobre los "salvajes"; Vin se opone a la idea de asesinar a todos los nobles durante la revolución, oponiéndose así, a las creencias de su mentor.

Otro factor que se suma al cambio de la noción infantil sobre los adultos es la presencia de una relatividad moral en dichos personajes. Los profesores Dumbledore y Snape ("Harry Potter") terminan por integrar tanto características positivas, como negativas: el primero, quien siempre fue descrito como sabio y filántropo, posee un pasado donde era elitista y egoísta, llegando a estar implicado en la muerte de su hermana menor; el segundo, quien desde un inicio fue considerado malvado y hostil hacia Harry, termina por revelarse como el mayor protector de este último, y como una persona en extremo leal. A pesar de ser salvada, de varias formas, por su mentor y líder (Kelsier), Vin reconoce que él está cegado por su odio hacia los nobles, lo cual, le hace actuar de forma sanguinaria y despiadada.

Al igual que en los cuentos de hadas, las diversas amenazas y pruebas experimentadas por el protagonista, en aras de cumplir su objetivo, pueden interpretarse como un rito de transición hacia la madurez. Sin embargo, en el caso de las novelas de fantasía, tanto el "grupo" como el "lugar" del héroe en la sociedad, adquieren una mayor injerencia en este proceso. El protagonista siempre termina formando parte de un colectivo - "La Orden del Fenix" ("Harry Potter"), "La Comunidad del Anillo" ("El señor de los Anillos), "La guardia de la noche" ("Canción de Hielo y Fuego"), "La banda de Kelsier" ("Nacidos de la Bruma 1ra. Era")-, el cual -además de contribuir a la consumación del proyecto planteado por la historia- le otorga un determinado posicionamiento en el entramado social, y forma parte de su "búsqueda" por su identidad.

La "búsqueda" de la identidad, tan característica de la adolescencia, puede estar representada de forma implícita, con la "transformación" del protagonista de una persona

"normal" a un "héroe" -como en el caso de Frodo, Samsagaz y Harry Potter-; o de una manera explícita, siendo parte de los conflictos que lo aquejan, como le ocurre -por ejemplo- a Arya Stark y Vin. Por un lado, Arya nunca se sintió a gusto con los mandatos referentes a cómo debe ser una mujer noble, por lo cual se empeñó en aprender esgrima -una disciplina para "varones"-, descuidando sus lecciones para "damas". Y después, tras la muerte de su padre, se vio en la necesidad de ocultar su identidad para mantenerse a salvo, llegando a cambiar varias veces de nombre, el género que se adjudicaba, y su "historia" personal, dependiendo de la situación; convirtiéndose incluso en aprendiz de "los hombres sin rostro", con el fin de ser capaz de "convertirse/ser" cualquier persona, abandonando su identidad -hasta el momento, con "Danza de Dragones" como el último libro publicado- como Arya Stark. Por su parte, en "El pozo de la ascensión", Vin pasa la mayor parte del libro debatiéndose entre su rol como la mejor guerrera y asesina encubierta del reino, sus responsabilidades como futura reina si decide casarse con Elend, la posibilidad de ser el profetizado "héroe de las eras", y sus deseos de usar bellos vestidos, entretenerse en las fiestas -en conjunto, ser como las damas nobles- y mantenerse como la pareja de Elend; preguntándose en múltiples ocasiones, quién es ella en realidad y qué papel debería asumir (ser la guerrera o la dama noble). Estas dudas la acompañan hasta el desenlace del libro, donde logra comprender y aceptar que todo aquello formaba parte de su identidad.

Otros elementos acordes a la postura adolescente son la muerte, la sexualidad y la exploración de límites, junto a un deterioro de la eficacia reguladora del Superyó, en su acepción como consciencia moral. La muerte esta tan presente en las novelas de fantasía, como en la organización psíquica del adolescente. Las historias dan cuenta del fallecimiento de "otras" personas (amigos, mentores, familiares, los antagonistas), pero rara vez del protagonista quien, a lo sumo, suele ser víctima de una "aparente" muerte -como en el caso de Frodo y Harry Potter-; lo cual, puede interpretarse como la desmentida de la propia muerte, o como la fantaseada "muerte de la niñez" (Dolto, 1990). Así, por ejemplo, Harry Potter sólo "muere", destruye su existencia, como "horrocrux" -elemento creado cuando aún era un bebé, y el cual lo acompañó hasta ese momento-, manteniendo su vida intacta, destruyendo su conexión con aquel ser maligno que estuvo presente durante toda su vida, y habilitando la victoria definitiva sobre el antagonista (consumación del proyecto planteado por la historia).

En cuanto a la sexualidad, las novelas de fantasía -acorde a la función de reproducción, emergente durante la adolescencia (Freud, 1905/1978)- suelen incluir

elementos que remiten al acto sexual, como pueden ser los hijos productos del matrimonio del héroe -como en el caso de Samsagaz y Harry Potter-, descripciones donde se infiere la relación sexual -como en "Nacidos de la Bruma 1era. Era"-, o en las cuales, se presentan de forma explícita -por ejemplo, en "Canción de Hielo y Fuego"-. En lo referente a la exploración de límites, acompañada de un deterioro de la eficacia reguladora del Superyó, en su acepción como consciencia moral -a causa del desasimiento de la autoridad paterna- (Freud, 1923/1984h) (Freud A., 1954), basta con referirse a la transgresión de las prohibiciones, por parte del protagonista, ya sean concernientes a lugares ("El bosque prohibido", en "Harry Potter"), reglas referentes al uso de los elementos mágicos (evitar el uso excesivo de los poderes alománticos, en "Nacidos de la Bruma 1era. Era") u otros preceptos, cuyo incumplimiento termina por movilizar la historia, y en algunos casos, incluso favorecen al héroe. Además, dichas transgresiones, también podrían interpretarse como una tentativa de apropiación del mundo adulto que, hasta entonces, se mantenía "oculto" o "prohibido" para el protagonista, quien lo empieza a desvelar. Siendo esto, un proceso natural en la adolescencia, el héroe de la novela no amerita un castigo, o cuando se lo imponen, estos carecen de consecuencias reales.

El análisis anterior estuvo enmarcado en la figura del protagonista, de las distintas novelas de fantasía, a fin de seguir un mismo hilo conductor. Sin embargo, esto no implica que los demás personajes, con sus propias características y vínculos, carezcan de relevancia. Por el contrario, una de las virtudes de este tipo de novelas es la extensa plantilla de personajes, y su correspondiente desarrollo a lo largo de la historia; lo cual, facilita los procesos de proyección e identificación, por parte del receptor del relato. De igual forma, dichos personajes pueden brindar otros elementos de análisis, como -por ejemplo- la injerencia del "cuerpo cambiante" del adolescente, en la búsqueda de su identidad; representado, por ejemplo, en Lestibournes (apodado "Fantasma") -quien, tras excederse en el uso de sus poderes, acaba por padecer de hipersensibilidad en todo el cuerpo; lo cual se vuelve fundamental en el rescate de los pobladores de una gran ciudad, y "desaparece", restituyendo su físico "normal", al finalizar la novela- o Bran Stark -quien, tras volverse incapaz de caminar, empieza a desarrollar sus habilidades como "cambia pieles"-.

Capítulo 4: Los Cuentos de Hadas y Novelas de Fantasía en la Construcción Psíquica del Sujeto

En el cuarto capítulo se articulan los elementos, descritos y analizados, sobre la organización psíquica del niño y el adolescente, y el estudio psicoanalítico de los cuentos de hadas y novelas literarias, a fin de revelar la injerencia de estos relatos en: los distintos componentes de la segunda tópica freudiana (Ello, Yo Superyó), los enrevesados caminos del conflicto edípico y su resolución, y su impacto en la particular vida anímica de dichos sujetos. Es decir, señalando la influencia de dichas narraciones, en la construcción psíquica del sujeto; misma que, se ilustra en diversos casos registrados por Bettelheim, y en el testimonio del escritor Brandon Sanderson.

4.1 Visión general

Con su particular estructura narrativa, tanto los cuentos de hadas como las novelas de fantasía, ofrecen diversos símbolos que aluden a múltiples elementos de la compleja y vasta vida anímica del sujeto (Bettelheim, 1994). De esta manera, dichos relatos se erigen como un preciado recurso para abordar el contenido consciente e inconsciente, ligado a la construcción psíquica del sujeto.

A través del contenido de la historia, el receptor entra en un estado de ensueño, donde se proyecta e identifica con los diversos personajes, imaginándose parte del relato; y así, involucrándose de forma íntima en todo cuanto les ocurre (Bettelheim, 1994). Es así como, la ficción literaria se torna un “ensayo de la vida”, en el cual, el sujeto asume y experimenta -de forma fantaseada- diversas vidas, diferentes a la suya, pero similares en su núcleo; extrayendo de ellas, “imágenes” relativas a varias situaciones significativas de su vivencia “real”, y los modos de afrontarlas (Bettelheim, 1994) (Marías, 1955). Así, el receptor de la historia se encuentra con una narración que, representa y vuelve "visibles” las vicisitudes del desarrollo humano, y al mismo tiempo, aporta guías para solventarlas. Tal particularidad, le permite al sujeto fantasear en torno a los elementos -de los cuentos de hadas y novelas de fantasía- más significativos para él, en un determinado momento, y expandir su conocimiento respecto a sí mismo y sus posibilidades; habilitando nuevas verdades y desenlaces, imposibles de imaginar para el niño o el adolescente, debido a su singular etapa vital (Bettelheim, 1994).

Estos procesos son facilitados por los cuentos de hadas y novelas de fantasía, al marcar una clara distinción entre el mundo “real” y el universo “mágico” de la narración, lo

cual atenúa los procesos represivos, pues ubica al receptor del relato en una continua oscilación entre "es verdad, así es como uno actúa y reacciona" y "es todo mentira, no es más que una historia" (Bettelheim, 1994, p. 38-39), conforme el contenido sea más o menos aceptado en la consciencia. Así, dichas narraciones favorecen la adaptación del material inconsciente a las fantasías conscientes (Bettelheim, 1994, p. 38-39), promoviendo su elaboración y evitando, con ello, los malestares derivados de los "retoños" de lo reprimido (Freud, 1915/1984c) o el control compulsivo de estos (Bettelheim, 1994).

De esta manera, los cuentos de hadas y novelas de fantasía están capacitados para cumplir con la misma labor del psicoanálisis, a saber: permitir que el sujeto acepte "la naturaleza problemática de la vida sin ser vencido por ella o sin ceder a la evasión" (Bettelheim, 1994, p. 11). Premisa que se consolida al examinar cómo los beneficios (madurez y felicidad) adquiridos por el héroe, "a pesar" de los conflictos y problemáticas que afronta, suelen concebirse, a nivel inconsciente, como "a causa de" estos últimos (Bettelheim, 1994, p. 322).

4.2 En niños y niñas

Conforme el niño se va apropiando del contenido provisto por los cuentos de hadas, se habilita un proceso, en el cual, se atienden sus pulsiones inconscientes, dándoles forma, satisfaciéndolas, y sugiriendo guías de cómo incorporarlas dentro de las exigencias de un Yo y Superyó, en formación (Bettelheim, 1994). Esto se desarrolla independientemente de la edad o sexo, tanto del infante como de los personajes de la narración, pues el receptor de la historia se implica y fantasea en torno a los símbolos o representaciones -los cuales van más allá del género y la edad-, que este juzgue (subjetivamente) significativos en una determinada etapa de su vida; llegando incluso a modificar el material original, para adecuarlo a sus necesidades (Bettelheim, 1994). Así, por ejemplo, Bettelheim (1994) registró el caso de dos niñas, donde una de ellas:

> recordaba el cuento de «Hansel y Gretel» con la variante de que era el padre el que quería echar a sus hijos de casa, a pesar de los esfuerzos de su mujer por evitarlo y de que, finalmente, era el padre quien realizaba la despiadada acción a espaldas de la madre. (p. 183-184)

Mientras que la otra, evocaba "con todos los detalles que Cenicienta había podido ir al baile gracias a su padre, a pesar de las objeciones de la madrastra" (p. 184).

De modo que, tanto el niño como la niña, adquieren -paulatinamente, conforme se vayan apropiando de la historia- distintas "imágenes" -fantaseadas y subjetivas- referentes a lo más íntimo de su vida anímica, incluyendo aquellos elementos vinculados a su construcción psíquica (Bettelheim, 1994). Razón por la cual, la versión literaria de los cuentos de hadas resulta en extremo provechosa, al promover la libertad imaginativa del receptor del relato, y no "prefabricar" dichas imágenes -como ocurre en las películas-, evitando así, dejar al sujeto en una posición pasiva, donde se limite a recibir los productos resultantes de la imaginación de alguien más (Bettelheim, 1994).

Así, a través de los cuentos como "Caperucita Roja", "Los tres cerditos" o "Hansel y Gretel", el niño puede vincularse con la pulsión arcaica de voracidad (oralidad absoluta y destructiva), las pulsiones agresivas y destructivas, la rivalidad fraterna, las pulsiones sexuales, la angustia de separación, la función del principio de realidad frente al principio del placer, entre otros (Bettelheim, 1994); a la vez que, obtiene tanto una guía sobre cómo solventar los conflictos anexados a estos, como una clara -y atrayente- representación del proceso de desarrollo del Yo y Superyó. De esta manera, se puede atenuar el dominio del Ello en la vida del sujeto, al brindar luces (verdades) sobre su contenido; fortalecer su Yo, al brindarle imágenes positivas sobre sus propias capacidades y posibilidades (como resultado de la proyección e identificación con los personajes de la historia); y edificar un Superyó efectivo, sin que llegue a ser excesivamente demandante, al destacar los beneficios de cumplir con sus exigencias, y los peligros si sucede lo contrario; sin llegar a ser cuentos admonitorios o de "enseñanza", pues los elementos superyóicos se presentan de forma "natural" o como una elección voluntaria del protagonista (Bettelheim, 1994). Además, también existen narraciones como "El sastrecillo valiente", donde el protagonista se mantiene gobernado por el principio del placer y se deleita con una satisfacción sin límites, a pesar de la intervención de diversas figuras superyóicas (cuestionadoras y hostiles), a quienes supera e, incluso, les extrae recompensas; eliminando así, la visión de un Superyó opresivo. Por otra parte, cuando los cuentos emulan el proceso de desarrollo, estos incitan al niño a emprender el arduo camino hacia la madurez, con la esperanza de alcanzar por ellos mismos, las mismas recompensas de los héroes y heroínas de los relatos (Bettelheim, 1994). De modo que, estos últimos también se convierten en representantes del ideal del yo, para el infante.

En este sentido, las capacidades del protagonista para afrontar y vencer a sus pulsiones inconscientes, representadas en los antagonistas de la historia -por ejemplo: la

voracidad destructiva encarnada en la bruja de "Hansel y Gretel"; una prematura introducción a la sexualidad adulta, personificada en el lobo identificado como "viejo pecador", en "Caperucita Roja" (Grimm y Grimm, 2013)-, los personajes que lo auxilian y el omnipresente final "feliz" de los cuentos, satisfacen algunas de las mayores necesidades del niño, a saber: la reivindicación de sus propias capacidades (de sí mismo), la seguridad de poseer la protección (fantaseada) de un ente con capacidades superiores, y la promesa de un futuro donde alcanzará la "victoria definitiva" sobre sus malestares (Bettelheim, 1994).

Estas particularidades de los cuentos de hadas, y su injerencia en la construcción psíquica del sujeto, se pueden apreciar en un caso registrado por Bettelheim (1994), donde una niña de cinco años se sirvió del cuento de "Blancanieves" para sobreponerse a una madre "fría" y "distante", que la hacía -a la niña- sentirse "perdida" (como Blancanieves en el bosque):

> El cuento le aseguró que no tenía por qué desesperarse: Blancanieves, traicionada por su madrastra, fue rescatada por personas del sexo masculino; primero, los enanitos y, más tarde, el príncipe. Esta niña tampoco se desesperó por el abandono de su madre, sino que confiaba en que algún hombre la salvaría. Segura del camino que Blancanieves le mostraba, se volcó hacia su padre, el cual respondió favorablemente; el final feliz del cuento hizo posible que esta niña encontrara una solución satisfactoria a la situación inevitable que estaba viviendo y a la que la había proyectado la falta de interés por parte de su madre. (p. 20-21)

Por su parte, los cuentos de hadas donde se aborda el conflicto edípico y su resolución como tema principal -por ejemplo: "Blancanieves", "Cenicienta" y "La bella y la bestia"-, añaden a las virtudes ya señaladas, la visión de una salida positiva del Complejo de Edipo, a pesar de los impedimentos de las figuras paternas, ya sea por omisión -como los padres de Blancanieves y Cenicienta- o por una evidente oposición -como en el caso de los dragones, gigantes, brujas, hermanastras o las madrastras- (Bettelheim, 1994). Además, con la particular presencia de las figuras paternas escindidas en objeto-bueno y objeto-malo, se habilita tanto la imagen de unos padres-buenos, los cuales brindan un amor absoluto a los protagonistas y promueven su encuentro con el objeto de amor no edípico, como unos padres-malos quienes -acorde a las fantasías edípicas y sus proyecciones en otros personajes- tienen celos de sus hijos, desean deshacerse de ellos, restringen sus satisfacciones, dejándolos desamparados, e impiden su feliz encuentro con la pareja no edípica (Bettelheim,

1994). Y con ello, posibilitan el despliegue desinhibido de las fantasías concernientes al conflicto edípico, menguando la culpa que estas puedan producir, pues a nivel consciente, aluden a "otros" personajes distintos a los progenitores reales; confrontando y superando únicamente a sus representaciones como objeto-malo (el objeto-bueno se conserva) y, en última instancia, el niño "sólo" se pronuncia respecto al contenido de un "cuento". Todas estas, características perceptibles en el caso registrado por Rubinstein (1955, como se citó en Bettelheim, 1994), concerniente a una niña de cinco años y medio:

> Esta niña tenía una hermana menor de la que se sentía intensamente celosa. Le encantaba la historia de «Cenicienta», pues el cuento le ofrecía un material con el que podía descargar sus sentimientos; sin aquellas imágenes le hubiera sido realmente difícil comprender y expresar sus propias emociones. Le gustaba ir siempre muy aseada y lucir bonitos vestidos, pero repentinamente se volvió desaliñada y sucia. Un día, su madre le pidió que fuera a buscar un poco de sal, pero, mientras lo hacía, la niña exclamó: «¿Por qué me tratas como a Cenicienta?»
>
> La madre, casi sin habla, le preguntó: «¿Por qué crees que te trato como a Cenicienta?»
>
> «¡Porque me obligas a hacer el trabajo más duro de la casa!», replicó la pequeña. Al introducir a sus padres en sus fantasías, las representaba más abiertamente, barriendo así toda la suciedad, etcétera. Llegó incluso más lejos, jugaba a vestir a su hermanita pequeña para ir al baile. Sin embargo, extrajo de la historia de «Cenicienta» lo que necesitaba, (…), pues un día dijo a su madre y a su hermana: «No deberíais sentir celos de mí sólo porque soy la más guapa de la familia». (p. 282-283)

De esta forma, este tipo de cuentos de hadas está capacitado para facilitar tanto la resignación de la madre como objeto de amor, como la salida positiva del Complejo de Edipo, y una apacible transición hacia la latencia, con la promesa de hallar un nuevo y más adecuado objeto de amor, tras experimentar un periodo de "reposo", de "centrarse en uno mismo" -como le ocurre a Blancanieves, Cenicienta y Bella-; o al mantener presente la imagen de unas (futuras) pruebas, destinadas a ser superadas, a modo de ritos de transición, como lo sugieren los cuentos referentes al Complejo de Edipo y su resolución, en personajes masculinos (Bettelheim, 1994).

En definitiva, a través de los "ensayo de la vida" que constituyen los cuentos de hadas, el niño puede fantasear y elaborar distintos elementos vinculados a su construcción psíquica, sin verse en la necesidad de actuarlos -en vez de someterse a una voracidad destructiva, puede satisfacerse con la visión de Hansel y Gretel devorando la casa hecha de dulces-, ni someterse a los sentimientos de culpa o angustia que podrían generar sus pulsiones inconscientes, si no estuvieran mediadas por el contenido del relato (Bettelheim, 1994) (Marías, 1955); previniendo así, el surgimiento de diversas patologías como la conducta delictiva o la evasión de la realidad (Bettelheim, 1994) (Freud, 1916/1984d).

4.3 En adolescentes

Los cuentos de hadas operan de forma similar que, en los niños, pero con la distinción de abordar interpretaciones y fantasías vinculadas a los conflictos y organización psíquica del adolescente. Así, por ejemplo, la angustia de separación presente en "Hansel y Gretel", se puede tornar una representación del deseo y temor de los adolescentes, frente al desasimiento de los vínculos parentales; donde, a la vez que se desea "salir" del hogar para explorar el mundo y alcanzar cierto estado de independencia, el joven teme quedar en un estado de indefensión si se desvincula por completo de sus relaciones infantiles (Bettelheim, 1994) (Janin, 2019). Tal como lo demuestra el caso registrado por Bettelheim (1994), referente a una niña en su temprana adolescencia:

> «Hansel y Gretel» (…) le brindó un gran consuelo leyéndolo una y otra vez y fantaseando sobre dicho cuento. De pequeña había estado dominada por un hermano mayor. En cierto modo le había mostrado el camino, como Hansel al ir esparciendo las piedrecitas que les guiarían a él y a su hermana de vuelta a casa. En la adolescencia, esta chica seguía apoyándose en su hermano, y esta escena del cuento le inspiró confianza. Pero, al mismo tiempo, se resintió por el dominio de su hermano. Sin ser consciente de ello en aquel momento, su lucha por la independencia giraba en torno a la figura de Hansel. La historia le dijo a su inconsciente que seguir el camino de Hansel le haría quedarse atrás en vez de ir adelante; por otra parte, es también significativo que al principio de la historia fuera Hansel el que guiara, mientras que al final es Gretel quien consigue la libertad y la independencia para ambos, puesto que es ella quien vence a la bruja. Una vez alcanzada la edad adulta, esta mujer comprendió que dicho cuento (Hansel y Gretel) la había ayudado mucho

> a abandonar la dependencia en su hermano, al convencerla de que una temprana dependencia en él no tenía por qué influir en su vida posterior. (p. 20)

Además, acorde a su narcisismo, el adolescente desearía -de forma inconsciente- que sus padres fueran incapaces de aceptar tal autonomía -como ocurre con el padre de Hansel y Gretel, o Catelyn Stark ("Canción de Hielo y Fuego" de George R. R. Martin)-, pues con esto quedaría en evidencia cuán importante es para ellos: lo aman demasiado, y por ello están incapacitados para dejarlo ir (Bettelheim, 1994).

De igual forma, los cuentos de hadas cuya temática principal alude al conflicto edípico y su resolución, pueden encarnar: las fantasías referentes a poseer un pasado "oculto", donde se puede hallar a la verdadera y más amorosa familia (López, 2014) -puesto que los objetos-malos suelen representarse como madrastras u hermanastras-; la modificación de la imagen de la sexualidad adulta, promulgada como algo ominoso y peligroso por los adultos, en una más bella y atrayente; y los deseos de derrotar (superar) a los padres y alcanzar un triunfo social, simbolizados en la feliz unión con la pareja no edípica y la promoción -del protagonista- a nuevo regente del reino (Bettelheim, 1994). Siendo estos, elementos que -en conjunto a las demás acepciones de dichos cuentos- pueden contribuir a la reedición el Complejo de Edipo (Janin, 2019) y evitar la visión pesimista del adolescente, respecto a sus potencialidades y su futuro (Dolto, 1990) (Rangel, 2009).

Por su parte, las novelas de fantasía -como "Harry Potter" (J. K. Rowling), "El señor de los anillos" (J. R. R. Tolkien), "Canción de Hielo y Fuego" (George R. R. Martin) o "Nacidos de la Bruma 1ra. Era" (Brandon Sanderson)-, al acercarse más a la organización psíquica del adolescente, con sus "imágenes" referentes a: las fantasías de poseer un pasado oculto donde se puede hallar a la "auténtica" y más amorosa familia; de formar parte de un linaje notable, del cual puede "obtener" (apropiarse de) cualidades positivas (López, 2014); la modificación de las relaciones infantiles, representados en la "salida" del hogar paterno, el desasimiento de sus vínculos con los padres y la presencia de una pareja sexual no edípica; el relevo de la hegemonía parental, en favor del grupo de pares u otros individuos estimados (maestros o guías) (Dolto, 1990); la "búsqueda de la identidad y el "lugar" del protagonista en el mundo; la visión de una persona común -e incluso desdichada- convertida en héroe, tras consumar un proyecto en apariencia imposible, incluso para los adultos; entre otros. Se vuelven inestimables recursos, a libre disposición del adolescente, para ayudarlo en su proceso de "historización", y de conquista de sus nuevas disposiciones (referentes a su

organización psíquica) y posibilidades -habilitadas a través de la fantasía-; al equiparar las vivencias y proyectos transmitidos por dichas novelas, con los suyos propios (Dolto, 1990) (Janin, 2019). Razón por la cual, al igual que con los cuentos de hadas, resulta más provechosa su versión literaria; aunque la imaginación pueda estar parcialmente limitada, al ostentar descripciones más detalladas.

De esta manera, al igual que con los cuentos de hadas, el adolescente adquiere tanto nuevas verdades respecto a sí mismo, como imágenes de posibles formas de afrontar los conflictos que lo aquejan, en un determinado momento de su vida; eludiendo, a su vez, los sentimientos de culpa, angustias o procesos represivos que este material podría suscitarle, si no estuviera mediado por las novelas de fantasía (Bettelheim, 1994). Y con ello, está capacitado para restituir la confianza en sí mismo y su porvenir, suplantar los ritos de transición -hacia la adultez- por la ejecución de un proyecto vital, evitar los pasajes al acto perjudiciales para su vida, y la formación de diversas patologías (Dolto, 1990) (Janin, 2019).

De modo que, con todas estas herramientas y "seguros" a su disposición, se habilita en el adolescente, el impulso necesario para transitar el engorroso camino hacia la madurez, contrastando la realidad efectiva con su mundo fantaseado (Dolto, 1990); el cual, acarrea diversas influencias del contenido transmitido por los cuentos de hadas y las novelas de fantasía.

A manera de muestra, tanto de las particularidades señaladas respecto a las novelas de fantasía -incluyendo aquellas desarrolladas en el capítulo anterior-, como de su injerencia en la construcción psíquica del adolescente, y cómo esta no se limita a las narraciones previamente analizadas, se puede señalar el siguiente testimonio -traducido por "Espacio Fundación Telefónica Madrid"- del escritor Brandon Sanderson (2019):

> En el caso de «El Archivo de las Tormentas», (…) lo que trato de decir es: "Este es mi modelo de fantasía: un mundo fantástico, leyes de la física completamente distintas, cosas que no te esperas; la apariencia de lo que te rodea es distinto, pero los protagonistas, los personajes, siguen siendo iguales". Creo que una de las cosas que tiene la fantasía, es mostrarnos que, independientemente de la cultura, de la raza, de la religión; hay una serie de elementos básicos que hacen que seamos semejantes los seres humanos; con los que nos podemos identificar (…). Y creo que eso, es algo crucial en el tipo de fantasía que quiero escribir. Eso es lo que me proporcionó la fantasía cuando empecé a leerla de adolescente.

(…) La novela que me metió en la fantasía fue «Vencer al dragón» [de Barbara Hambly]. Es un libro fantástico sobre una mujer en la edad media, que vive una crisis de mediana edad, a la que su mentor le dice que puede convertirse en la mejor maga de la historia; y tiene que repartir el tiempo entre aprender a ser esa maga y pasar horas con su familia. Y entonces, ella tiene esta duda, entre compaginar vida laboral y vida familiar, si queréis. Esto me marcó. Cuando un "chaval" (niño) de catorce años lee una novela, lo que se espera es que haya un protagonista que tenga catorce años, que salga de aventuras; y a mí me estaban dando una novela distinta. Me pasaban siempre novelas con "críos" (niños), protagonistas, a los que se les muere la mascota, etcétera; (…) yo ya sabía lo que era ser un chaval de catorce años, estaba viviéndolo. Si me das una novela acerca de alguien que es muy distinto a mí, cuyos conflictos son totalmente diferentes; eso fue lo que me permitió engancharme, esa es la magia de «Vencer al dragón».

(…) Mi madre en aquella época había renunciado a una beca de mucho prestigio, porque quería tener una familia. Era la número uno en su clase de contabilidad, cuando aún habían muy pocas mujeres contables, y tuvo que rechazar este tipo de becas (…) porque quería tener una familia; y me tuvo a mí. Tuvo que renunciar a su carrera cuando era joven, y luego pudo retomarla y se convirtió en una contable increíble; pero claro, de crío yo pensaba: "pues como no iba mi madre a renunciar a su carrera, si yo soy maravilloso, soy fantástico". Y de repente leo «Vencer al dragón», y cuando lo iba leyendo me decía: " ´Tía´ (chica), deja a tu familia que no hacen más que ´tirarte la lata´ (causan molestias), deja a los críos, que puedes ser una maga ´del copón´ (increíble)"; y de repente dije: "pero si esta es mi madre". Estoy leyendo una novela sobre cómo vencer a un dragón, y he conseguido entender lo que ha vivido mi madre.

(…) [acerca de si la historia debe tener una moraleja o no] Tolkien creía que estaba contando una historia, que exploraba temas, sin el ánimo de enseñarle nada a nadie (…). Y yo creo que me acerco más al estilo de Tolkien. No quiero predicar cuando escribo una novela, quiero explorar los temas que resultan interesantes para los personajes, y para mí; pero no quiero dar respuestas nunca. Quiero dar distintas respuestas a una misma pregunta, quiero dejar al lector diciendo: "bueno…, quizá…, puede…".

En conjunto, este testimonio de Brandon Sanderson (2019) constituye un claro ejemplo de cómo las virtudes -señaladas en el presente trabajo- de las novelas de fantasía están al alcance de todos los lectores, independientemente de su formación profesional o de las razones para aproximarse a dichas novelas. Así, por ejemplo, al explicar el "modelo de fantasía" (Brandon Sanderson, 2019) con el que desarrolla sus historias, Sanderson garantiza a todos los receptores de sus relatos: la presencia de unos personajes con los cuales se puedan identificar, a pesar de sus diferencias (cultura, raza, religión, elementos fantásticos); la libertad para ignorar o apropiarse de las distintas "respuestas", ante los conflictos planteados por la narración; y la posibilidad de expandir sus conocimientos respecto a determinadas "verdades", imposibles de concebir por sí mismos -como le ocurrió a Sanderson con "Vencer al dragón" (de Barbara Hambly)-. Todo ello, capaz de germinar incluso en un ámbito cotidiano, donde el único motivo para acercarse a dichas historias sea el entretenimiento.

Conclusiones

La construcción psíquica del sujeto, desde una perspectiva freudiana, es un proceso dinámico en el cual, la "realidad" material (factores externos) y la "verdad" psíquica del sujeto (factores internos), operan en conjunto para generar los elementos, a partir de los cuales, se irán organizando las tres instancias conceptualizadas en la segunda tópica (Ello, Yo, Superyó); dando origen a la compleja vida anímica. Acorde a lo anterior, es posible remitirse al nacimiento como el punto de partida de dicho proceso, pues desde entonces, ya empiezan a operar las pulsiones de vida y de muerte, por ejemplo, en la sexualidad y las primeras manifestaciones de angustia. En lo posterior, los diversos conflictos y peligros, asociados a cada etapa vital del individuo, van expandiendo el repertorio de componentes que influyen en el Ello, Yo y Superyó; entre los cuales, se destacan aquellos derivados del Complejo de Edipo, tales como: la elección de objeto (de amor), la disposición de los vínculos parentales, y los mandatos-prohibiciones del Superyó. Todos ellos, productos de un encuentro entre una "realidad" material y una "verdad" psíquica.

La "verdad" del sujeto, tan influyente en el proceso de construcción psíquica, está matizada tanto por los avatares de una determinada etapa del desarrollo, como por las fantasías que estos suscitan. De esta manera, la "verdad" de los niños está mediada por el pensamiento animista, la sexualidad infantil (con su satisfacción autoerótica y parcial), el vínculo con sus figuras paternas, y sus fantasías sobre todo cuanto les ocupa (su seguridad, su importancia en el mundo, la sexualidad, las aptitudes de sus padres, etc.); mientras que, el adolescente está atravesado por el pensamiento abstracto, una sexualidad más madura (al servicio de la función de reproducción, y con la integración de las pulsiones parciales), el desasimiento de los vínculos parentales, a favor de un triunfo social, y sus sendas fantasías. Todas ellas, "verdades" que se encuentran incorporadas en los cuentos de hadas y las novelas de fantasía.

Con los cuentos de hadas y las novelas de fantasía (ambas en su versión literaria), tanto niños como adolescentes disponen de un medio privilegiado para elaborar, a través de la fantasía, los distintos elementos (conscientes e inconscientes) ligados a la construcción psíquica del sujeto, tales como: las pulsiones (orales, agresivas, sexuales, etc.), el principio de realidad frente al principio del placer, el conflicto edípico y su resolución, las exigencias y mandatos del Superyó, la "búsqueda" de la identidad, los vínculos con las figuras paternas, entre otros. Lo cual, habilita en el receptor de la historia, la posibilidad de proyectar sus

dilemas e identificarse con determinados personajes; a tal punto que, experimenta como propias, las experiencias descritas en los diversos relatos. Esto, sumado al alivio pulsional generado por el final "feliz" de la narración, y la separación tajante del mundo real-cotidiano y el universo "mágico" de la historia, suscitan en el receptor del relato, la capacidad de: atenuar el dominio del Ello, al abordar su contenido y aproximarlo a la Consciencia; fortalecer su Yo, al adquirir una imagen positiva de sí mismo, de sus propias capacidades y posibilidades; edificar un Superyó efectivo, sin llegar a ser opresivo; adquirir nuevas "verdades" -respecto a sí mismo y los demás- y posibles desenlaces (respuestas ante los conflictos), difíciles de imaginar en una determinada etapa del desarrollo; y eludir la culpa o angustia que se podría generar, al apropiarse del contenido latente de la narración, como por ejemplo, superar a los padres o "hallar" la propia identidad (estimada como algo único) al ser similar a otros. Sin embargo, cabe destacar que, las novelas de fantasía proporcionan una aproximación más amplia a la organización psíquica del adolescente, en comparación a los cuentos de hadas. Razón por la cual, influyen en más aspectos de la construcción psíquica del adolescente; y en contraste, al incluir elementos inherentes a la adolescencia (como la sexualidad adulta o la relatividad moral de los adultos), podrían llegar a perturbar a los niños. Eventualidad que no tiene su contraparte en los cuentos de hadas, pues estos son propicios tanto para los infantes, como para los jóvenes.

En todo caso, con sus respectivas particularidades, los cuentos de hadas y las novelas de fantasía, en su aptitud como recursos de elaboración en la fantasía, poseen la facultad de evitar tanto la formación de distintas patologías (conducta delictiva, evasión de la realidad, control compulsivo del material reprimido, etc.), como el surgimiento de pasajes al acto perjudiciales para la vida de los niños y los adolescentes. Y a su vez, impulsan al receptor del relato a emprender el engorroso camino hacia la madurez, con la esperanza de alcanzar por sí mismo, las atrayentes recompensas adjudicadas a los héroes y heroínas de las historias; entre las cuales, se destaca la imagen de un futuro, en el cual, alcanza la "victoria definitiva" sobre sus malestares. De manera que, los niños y los adolescentes desarrollan la capacidad de "salir" al mundo para contrastar la realidad objetiva con el mundo que han fantaseado (influenciado por el contenido de dichas narraciones), sin que esto les suponga un malestar significativo. Siendo estos, beneficios que, sumados a los ya mencionados, están al alcance de todos los lectores, independientemente de su formación profesional o su razón para aproximarse a estas historias, pues estas se erigen como valiosos recursos de la vida cotidiana.

Recomendaciones

Teniendo en cuenta los alcances y limitaciones del presente trabajo, se exhorta a continuar ampliando el análisis psicoanalítico de los cuentos de hadas y las novelas de fantasía, no sólo incluyendo una mayor gama de relatos e interpretaciones, sino también proponiendo nuevas perspectivas teóricas como, por ejemplo, las conceptualizaciones lacanianas. Esto a fin de seguir desarrollando tanto los aspectos teóricos presentes en estas narraciones, como su implicación en la construcción psíquica del sujeto. De igual forma, se invita a constatar, o refutar, las elaboraciones y conclusiones emitidas en este trabajo, a partir de una investigación teórico-aplicada, donde se profundice en el impacto de estos relatos, en la vida anímica de los niños y los adolescentes ecuatorianos.

Tras exponer las virtudes de los cuentos de hadas y las novelas de fantasías en la vida anímica de los niños y los adolescentes, y su influjo en la construcción psíquica, se anima a la población general a consumir y recomendar este tipo de material, como un elemento recreativo que, a su vez, proporciona varios beneficios a nivel psíquico, sin requerir de una formación especializada; mientras que, a los psicólogos, se les invita a implementar estos relatos en su práctica clínica, sumándose o sustituyendo -acorde a lo requerido en cada caso- a las herramientas asociadas a la narración de historias, tales como: el test de apercepción infantil CAT o los cuentos “especializados” (creados con fines terapéuticos).

Por último, cabe mencionar que aún quedan elementos por develar respecto al tema del presente trabajo, tales como: el Edipo negativo (elección de objeto homosexual); las nuevas concepciones de la feminidad; la influencia de dichas historias en el desarrollo o desenlace de una patología; o la relevancia, tanto de los “actuales” cuentos de hadas como de las novelas de fantasía que se alejan del esquema definido en el presente trabajo, en la construcción psíquica del sujeto. Razón por la cual, se exhorta a la creación de nuevos estudios que aborden estos elementos, y los profundicen, generando nuevas luces al respecto.

Referencias

Bettelheim, B. (1994). *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*. Drakontos: CRÍTICA (Grijalbo Mondadori, S.A.).

Blos, P. (1980). Capítulo III: Fases de la adolescencia. En R. Parres y R. Witemberg (Ed.), *Psicoanálisis de la adolescencia* (p. 82-233). Editorial Joaquín Mortiz, S. A.

Chemama, R., Anquetil, N., Balbo, G., Balbure, B., Bergés, J., Cadeau, M.-C., Cathelineau, P.-C., Darmon, M., Dégrange, P., Desprats-Péquignot, C., Dorgeuille, C., Dupuis-Elbaz, P., Emrich, C., Ferron, C., Hasenbalg, V., Hiltenbrand, J.-P., Jesuino-Ferretto, A., Kress-Rosen, N., Lacóte, C.,… Vandermersch, B. (1998). *Diccionario del Psicoanálisis.* Amorrortu editores.

Dolto, F. (1986). *La causa de los niños*. Ediciones Paidós.

Dolto, F. (1990). *La causa de los adolescentes*. Editorial Seix Barral, S. A.

Freud, A. (1954). *EL YO Y LOS MECANISMOS DE DEFENSA.* Editorial PAIDÓS: Buenos Aires.

Freud, S. (1978). Tres ensayos de teoría sexual. En J. Strachey (Ed. Y Trans.), *Sigmund Freud Obras Completas* (Vol. VII). Amorrortu editores (trabajo original publicado en 1905).

Freud, S. (1984a). Introducción del narcisismo. En J. Strachey (Ed. Y Trans.), *Sigmund Freud Obras Completas* (Vol. XIV). Amorrortu editores (trabajo original publicado en 1914).

Freud, S. (1984b). Pulsiones y destinos de pulsión. En J. Strachey (Ed. Y Trans.), *Sigmund Freud Obras Completas* (Vol. XIV). Amorrortu editores (trabajo original publicado en 1915).

Freud, S. (1984c). La represión. En J. Strachey (Ed. Y Trans.), *Sigmund Freud Obras Completas* (Vol. XIV). Amorrortu editores (trabajo original publicado en 1915).

Freud, S. (1984d). Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico. En J. Strachey (Ed. Y Trans.), *Sigmund Freud Obras Completas* (Vol. XIV). Amorrortu editores (trabajo original publicado en 1916).

Freud, S. (1984e). Más allá del principio de placer. En J. Strachey (Ed. Y Trans.), *Sigmund Freud Obras Completas* (Vol. XVIII). Amorrortu editores (trabajo original publicado en 1920).

Freud, S. (1984f). Psicología de las masas y análisis del yo. En J. Strachey (Ed. Y Trans.), *Sigmund Freud Obras Completas* (Vol. XVIII). Amorrortu editores (trabajo original publicado en 1921).

Freud, S. (1984g). Dos artículos de enciclopedia: «Psicoanálisis» y «Teoría de la libido». En J. Strachey (Ed. Y Trans.), *Sigmund Freud Obras Completas* (Vol. XVIII). Amorrortu editores (trabajo original publicado en 1923 [1922]).

Freud, S. (1984h). El yo y el ello. En J. Strachey (Ed. Y Trans.), *Sigmund Freud Obras Completas* (Vol. XIX). Amorrortu editores (trabajo original publicado en 1923).

Freud, S. (1984i). El sepultamiento del complejo de Edipo. En J. Strachey (Ed. Y Trans.), *Sigmund Freud Obras Completas* (Vol. XIX). Amorrortu editores (trabajo original publicado en 1924).

Freud, S. (1984j). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. En J. Strachey (Ed. Y Trans.), *Sigmund Freud Obras Completas* (Vol. XIX). Amorrortu editores (trabajo original publicado en 1925).

Freud, S. (1986a). Las neuropsicosis de defensa (Ensayo de una teoría psicológica de la histeria adquirida, de muchas fobias y representaciones obsesivas, y de ciertas psicosis alucinatorias). En J. Strachey (Ed. Y Trans.), *Sigmund Freud Obras Completas* (Vol. III). Amorrortu editores (trabajo original publicado en 1894).

Freud, S. (1986b). Inhibición, síntoma y angustia. En J. Strachey (Ed. Y Trans.), *Sigmund Freud Obras Completas* (Vol. XX). Amorrortu editores (trabajo original publicado en 1926 [1925]).

Freud, S. (1986c). El malestar en la cultura. En J. Strachey (Ed. Y Trans.), *Sigmund Freud Obras Completas* (Vol. XXI). Amorrortu editores (trabajo original publicado en 1930 [1929]).

Freud, S. (1986d). Sobre la sexualidad femenina. En J. Strachey (Ed. Y Trans.), *Sigmund Freud Obras Completas* (Vol. XXI). Amorrortu editores (trabajo original publicado en 1931).

Freud, S. (1986e). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. En J. Strachey (Ed. Y Trans.), *Sigmund Freud Obras Completas* (Vol. XXII). Amorrortu editores (trabajo original publicado en 1933 [1932]).

Freud, S. (1986f). Esquema del psicoanálisis. En J. Strachey (Ed. Y Trans.), *Sigmund Freud Obras Completas* (Vol. XXIII). Amorrortu editores (trabajo original publicado en 1940 [1938]).

Grimm, J. y Grimm, W. (2005). *Cuentos escogidos. Cuentos de los hermanos* Grimm. Ediciones Gaviota.

Grimm, J. y Grimm, W. (2013). *Cuentos de los hermanos* Grimm. Imprenta Nacional de Costa Rica.

Janin, B. (2019). Capítulo 7: Los adolescentes y la patologización. En *Infancias y adolescencias patologizadas: La clínica psicoanalítica frente al arrasamiento de la subjetividad* (p. 29-53). Noveduc.

Klein, M. (1959). NUESTRO MUNDO ADULTO Y SUS RAÍCES EN LA INFANCIA. *Revista de Psicoanálisis (1961)*, 18 (01), p. 1-16.

Koremblit, M. (2007). … ¿Termina la Adolescencia?... Algunas consideraciones teóricas acerca del final de la adolescencia y la caducidad del saber. *Psicoanálisis*, XXIX (02), p. 277-296.

Laplanche, J. y Pontalis, J.-B. (1996). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: PAIDÓS.

Lerude, M. (2008). La cuestión del Otro en la adolescencia. En I. Sánchez (Ed.), *Anillados de la Letra (Encuentro EPL-Martin Lerude)* (p. 720-731). Alianza Francesa y PUCE.

López Fuentetaja, A. M. (2014). Capítulo 1: Funcionamiento Mental Adolescente y Capítulo 2: Identidad, Cuerpo e Imagen ¿Estamos hablando de lo mismo?. En *Adolescencia: límites imprecisos* (p. 15-52). Larousse - Alianza Editorial.

Marías, J. (1955). *La Imagen de la Vida Humana*. Emecé Editores, S.A.

Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador (MCYP) (junio de 2022). *Resultados Encuesta de Hábitos Lectores, Prácticas y Consumos Culturales: EHLPRACC junio 2022. Cultura y Patrimonio*. https://siic.culturaypatrimonio.gob.ec/wp-content/uploads/2022/06/Presentaci%C3%B3n-de-resultados-14junio2022.pdf

Rangel, M. (2009). *PSICOTERAPIA INFANTIL: Un enfoque psicoanalítico*. Editorial TRILLAS.

Sanderson, B. (16 de julio de 2019). En *Encuentros Fundación Telefónica: Brandon Sanderson y la literatura fantástica* [archivo de audio]. Espacio Fundación Telefónica. https://espacio.fundaciontelefonica.com/podcast/encuentros/brandon-sanderson-y-la-literatura-fantastica/